GREMIO DE ESPIRITUALISTAS

AGUA

ÁNGEL

CURANDERA

FACILITADOR DE SUEÑOS

INQUISIDORA

PÁRROCO

Ci

LA VOZ DEL AGUA

El sol, violador diurno, juega a penetrar con sus rayos dorados los dedos de agua que salen por las regaderas y engendrando arcoiris sobre los cuerpos de la ninfas. Las húmedas caricias las hacen reír gozosas.

El día se prende del cielo y las impúdicas bañeras muestran sus vientres cóncavos rebosantes de agua donde se esconde alguna sirena perezosa que disfruta de la luz temprana. De las tuberías, tallos ramificados, se cuelgan las corolas-regaderas simulando ser flores y cada una, de forma diferente arroja sus pistílos acuíferos hacia las náyades que juegan a saltar sobre el surtidor de la fuente enmedio de la plaza de armas. Las ninfas, vanidosas hijas de Apolo peinan sus cabellos entonando viejas canciones de marineros que aprendieron cuando éstos llegaron a sus playas.

El espectáculo: una coreografía de Nureyev. El agua es telón, entretelas, andamios y bastidores de una ciudad que solo es dibujada desde sus entrañas por las arterias metálicas de las tuberías. Ellas, las mujeres finas como los hilos hídricos surgen de las floresregadera, saltan de un andamio a otro, de un tubo delgado a uno más ancho para zambullirse en una bañera regordeta. Sus cuerpos húmedos son besados por lor rayos dorados y seductoras se tienden bajo ellos para secarlos sintiendo la posesión suave, tibia y amorosa. El tiempo es una gota más de agua.

El bullicio decrece junto con la luz del vouyerista sol, dejando el eco del chapoteo para la noche, cuando las pequeñas hadas surgen sigilosas y ponen a lavar sus alas de mariposa. Ahora el agua es color luna, pálida, tiñendo de plata sus cabellos. El canto de los grillos imitan el vocalist de Rachmaninof y ellas, dando rienda suelta a su alegría, bailan en los hilos tendidos de las tuberías, hasta que el caminar de selene termine su periplo.

Esto nadie me lo contó, yo le he vivido y lo vivo en renovada consecución cada día, surgiendo desde las entrañas de la tierra y volviendo a ella después de recorrer los cuerpos de las ninfas, náyades y hadas. Soy la voz que las canta y las baña. Soy el agua.

—LAURA HERNÁNDEZ es AGUA en ARMILLA—

EL PAÍS DEL AGUA ES EL INFIERNO DE LOS ÍGNEOS

El país del agua es el infierno de los ígneos, la raza flamígera no se extinguió, murió luchando, pero su destino fue ser un pueblo dominante y cruel, arrasaron planetas, destruyeron ciudades enteras, condenaron al hielo—su mayor tortura—a los disidentes que reclamaron soluciones pacíficas y jamás en sus labios quebrados hubo una mueca de temblor que delatara arrepentimiento. Decían de sus mujeres que extremaban el latido dulzor junto al más puro fuego de su cuerpo. Ursula Andres perteneció a su raza y en una sola noche arrasó Hollywood, después millones de humanos se rindieron a su exquisito poder al verla salir, con un biquini que la desnudaba, de unas aguas radiantes y silentes. Yo llegué a Armilla, el infierno del agua, con un legado del buen Dios. He de decir que el oficio de ángel es pasajero y que las alas encanecen y se estrían y que los nódulos sagrados que las mueven sufren de artritis con el tiempo y que el reuma de los voladores es una comezón tan dolorosa como la peor de las razones para no vivir más. Desde mi posición de ser sagrado he de decir que no me mueve ninguna acción moral, ángel era mi padre y un ángel fue mi abuelo y yo heredé de ellos alas, santidad y la divina gracia, cualidades que al menos, si no me han movido a la jactancia, si me han permitido asegurarme un buen trabajo estable en estos tiempos procelosos, plenos de timadores merodeantes en pos de una furtiva presa. Yo no soy bueno, lo reconozco, pero yo no soy Dios, tan sólo soy un ángel y cómo tal tengo la libertad precisa para poder revelarme contra él, aunque no la maldad necesaria y es que la cobardía es otro rasgo común a mi familia que siempre fue aplicada, adicta al régimen celeste y colaboradora con los cielos. De los ígneos los ángeles tuvimos la tentación de modelar, pues cada raza malvada del planeta universo incita al ángel a una pasión artística desconocida y es bien sabido que no hay mayor peligro para el ángel que convertirse en un artista, ya que el arte es enemigo del Sagrado porque es contra el mundo y aparta de Dios, porque niega el mundo y pretende recrearlo, reinterpretarlo. Muchas veces, mientras mis manos estudiaban la traición de los iguales, mis manos sentían el deseo de buscar barro y modelar y quién sabe si hubiera sucumbido a aquella tentación y me hubiera ocurrido como a aquel ángel malvado que creó al hombre del barro y a su compañera de una simple costilla, ese ángel malvado

es adorado en otros mundos que le llegaron a considerar el verdadero Dios, pero el Sagrado sabe de su malicia y pudre su invento con las armas que en su día les substrajo a los ígneos; así les llena del fuego del tabaco y del alcohol y del fuego del sexo, intentando de esa forma apartarlos del maléfico alfarero y acercarlos a él. Supe yo de los ígneos muy poca cosa, apenas cuatro datos o más de los que aprendí en mi formación angélica en la escuela. Cuando barajas todos los pueblos del universo llegas a darte cuenta de que la maldad es una constante, algunos compañeros se deprimen y se pasan a formación privada, decidiendo desempeñar labores de escolta como ángeles de la guarda, otros deciden sumarse al mal y vuelan a engrosar las hordas de los ahijados de Lucifer. En todo caso yo no les condeno y a decir verdad hay muchas veces que les envidio. No soy perfecto, soy adicto al incienso y amigo de homilías y mi mayor pecado fue enamorarme de una rueda granate sin guardabarros que había sido de una bicicleta, pero luego fue mía y le rendí un fetichista amor sin sexo a sabiendas de que el Magnífico no nos permitía sentir placer ni sentimientos por todo aquello que estuviera vivo y fuera corporal. Me preguntaba si en el infierno de los ígneos encontraría flotando el caucho junto a sus almas despedazadas o si por el contrario Armilla sería un gran desierto acuoso semejante a Sedón o a Tugarl o parecido a Sutilde pero sin corrientes o a Persido pero sin la agónica mirada de los devoradores. En todo caso me entristecía pensar que mi misión no iba a ser redentora sino oprobiosa, que mi ignominia sería constatar su cantidad de sufrimiento para que nada escapase a la desidia del buen Dios. Me aterraba pensar que los ígneos hubiesen encontrado—tanta era su perversión—un placer masoquista en el agua y disfrutasen lo suyo con eso, en ese caso, mi función sería devolverles al lugar de su origen donde ya no podrían adaptarse al nuevo cambio. Mi cabeza vibraba con la emoción de ser reconocido, la envidia que iban a sentir de mí mis compañeros al verme recompensado por mis méritos y ascendido a un lugar más cercano a Dios, quizás alguna de esas casas blancas y amarillas que tienen dos piscinas y un espacio cuadrado para jugar al golf pequeño con los niños. En todo caso tendría un terreno jugoso ajardinado y una azotea clara para observar directamente la luz de Dios. No sé bien si en mi anterior reencarnación fui un hombre o qué sé yo, pero el caso es que los hombres me producían simpatía. En mis primeros inicios como ángel estuve al servicio de un rico arcángel mercader que no tenía uno sino cuatro hombres que cuidaban su hacienda, mi preferido era uno de color negro al que llamaba Blaky y al que alimentaba yo mismo, comiendo incluso de mi misma mano, llegando a pesar por eso de cuatro a siete toneladas, pues es sabido que los hombres engordan mucho en su dorado cielo donde allá van creyendo que es el premio por ser buenos y son de inmediato reducidos a animales de guarda con una exagerada tendencia a engrosar sebo bajo la piel. Maldigo a los que piensan que la mente de un ángel es dulce, que es una confitura de buenos pensamientos. Al menos sé que mi mente es imperfecta porque en nosotros el tiempo es un aprendizaje que nos lleva a ser lo que seremos, pero no lo que somos, de esa forma, viviendo el presente, mi mente está marcada por el signo de la imperfección y sólo, con poderes videnciales, trasladándome al futuro, soy capaz de ver en mí todas aquellas nobles

gracias con las que el creador me diseñó. Si he de hacer un reproche sólo lamento ser el juez y el verdugo de Armilla. Ahora. En este preciso momento en el que me veo obligado a asumir su destrucción.

—JOSÉ ÁNGEL PIZARRO NOGUES es ÁNGEL en ARMILLA—

LA FUENTE DE LAS DOS ORILLAS (El abrazo de la curandera)

No sabría decir si el día en que la Luna vigilaba mis pacientes dedos mostrando sus rayos luminosos en el cuerpo exhausto de aquella jovencita, los peces de las fuentes, saltaron de alegría asomando sus cabezas en un alarde necesario por recoger una partícula del aire purificado de Armilla...

LA FUENTE DE LAS DOS ORILLAS
(El abrazo de la curandera)

Yo soñé una ciudad marcada por la alegría, por la sonrisa del esfuerzo del cada día, por la serenidad del oficio, la ausencia del sudor obligado en el trabajo, y la alegría del aire compartido para respirar la vida. Por eso llegué hasta allí, en una travesía prolongada a través del Océano que en misterioso naufragio me abandonó hasta los brazos de una orilla, depositándome como un nenúfar para resurgír envuelta entre la arena de esperanza de la ciudad de Armilla, pero con una fortaleza especial dada por un rebelde espíritu venido quizás, de mi abrazo mortal con Neptuno, la deidad marina.

Todos los días, recibía en mi casa las visitas suficientes para dar templanza a mis nervios administrando mi esencial energía. Necesitaba ejercer mi poder; el poder otorgado como un talento ancestral aplicado a la naturaleza pleno de sabiduría. El poder que me había arrastrado fuera de mi mundo; otro mundo olvidado para encontrar los cauces naturales de mi armonía

Oh cielos, aquella tarde la cola de pacientes llegaba hasta la fuente de las Dos Orillas. Mi pequeña casa calada de yeso relucía ante un sol blanquísimo de verano templado por la humedad que el agua daba en su cercanía. Me asomé por la ventana y distinguí entre ellos a Ludmila, la muchacha más bella de Armilla.

¿A qué tanto revuelo? ¿ Quiénes eran esas gentes y de dónde provenían?...

Armilla era una ciudad pequeña, blanca como la nieve, cálida como la brasa apagada de un volcán en cenizas, aislada por las laderas rocosas de unas montañas altísimas que recogían las aguas del cielo en permanente lluvía y la lloraban constantemente en las cascadas perenes, formando lagos de espejo, y cristalinas fuentes donde acudía la gente con sus cántaros a repostar para las labores del día.

Los niños corrían por las calles estrechas, hechas de arena blanca en una especie de argamasa fina por donde discurrían perenes dos canalilllos venidos de la fuente que eran como los "zapatos" necesarios de Armilla.

Los maestros recogían a los niños de sus casas, y los reunían a su lado en la plaza de la fuente de las Dos Orillas, y allí, sentados al amparo del agua les enseñaban los secretos más arcanos, los grandes misterios de la ciudad de Armilla. La historia de los peces-hombre convertidos en humanos para siempre, gracias al abrazo poderoso de la curandera de Armilla.

Un repartidor ambulante ofrecía a todas horas las frutas contenidas en las alforjas de su pequeña foca Melisa, blanca también como la nieve, y lista como la yegua marina del tio Juan que labraba en la era soleada arrastrando el pesado trillo para quebrantar la mies separando así el trigo de la paja y formar los talegos amarillos que relucían en el horizonte del campo dorado de Armilla.

-Tenga usted unos huevos de arenque, que mañana le traeré unos cuantos de tortuga- decía el granjero a su médico-. Todo aquí era felicidad y armonía.

Mientras tanto la boticaria se asomaba a la puerta de su farmacia, con el almirez en mano, batiendo presto en su mortero de fórmulas magistrales, la emulsión milagrosa más solicitada en Armilla..- "Hoy toca el ungüento de Tritón"- decía, por si alguno de sus clientes lo necesitara con urgencia.

El ungüento de Tritón era un amasijo de algas mezcladas con el aceite de este anfibio parecido a la Salamandra y que, dada su leyenda cercana a esa deidad marina, ejercía una especie de poder al aplicarlo sobre la piel del cuerpo, calmando la picazón en los momentos más calurosos del día, aislando del frío cuando en las noches del invierno el viento salpicaba el agua helada sobre las casitas... o lo que era más importante, dando a sus gentes la apariencia de juvenil y eterna frescura en su piel.

Aquel día, decía, la cola de pacientes era más larga que nunca. Estaban asustados. Tal vez conocían las intenciones de Ludmila. Algunos venían a consultarme los problemas de siempre: quizás una medición para el dolor de espalda, o una oración para ahuyentar los malos espíritus que una madre pedía para su hija, o el ungüento de Tritón bendecido con agua para que el fruto de una embarazada tuviese el sexo deseado... Otros, recordar tan sólo el conjuro de su condición humana, dada la presencia

tan extraña de la bella Ludmila... Y yo, repetía y repetía cada día, la Oración del Candil; una ceremonia de palabras ausentes donde, en la oscuridad, discurría el aceite gota a gota por el dedo meñique hasta que la vela del se derretía exhalando su humo por el ambiente y llegando a la garganta del paciente para perfumar sus glándulas y hacer que su voz renaciese de la afonía, que su dolor branquial desapareciera, o que su piel de escamas retuviese la humedad constante para su frescura. A veces, los espíritus se resistían y Neptuno pinchaba con su tridente a los súbidtos más deseados de Armilla.

Cuando llegó a mí Ludmila con su carita pálida y desmejorada del color de la manzana amarilla, quedé asombrada por su petición. Bajé hasta el porche de la casa para recibirla. El sol de la mañana declinaba para dejar paso al atardecer, y la Luna terminaba su ciclo asomándo su cara pletórica y tímida a la vez. Caminamos juntas calle abajo hasta la Fuente de las dos Orillas, y fue, como respondiendo a una llamada silenciosa de sus aguas, a un deseo ferviente de volver al estado primitivo que sus genes reclamaban para siempre, cuando se arrrojó decidida.

Su piel era bella, escamosa e irisada como el resplandor de un iceberg, su pelo largo y sedoso le llegaba hasta la cintura... Su pecho turgente despuntaba como unas dunas gemelas e insultantes entre el agua de la fuente donde yacía sumergida.

A pesar de su belleza, se doblegaba a mí suplicando el abrazo, un abrazo prolongado que le devolviese a su otra vida

Y mis dedos alargados hasta el infinito, se abrieron en abanico provocando una estampida de pájaros, que el silencio de Armilla fue violado hasta la queja de sus aguas emitiendo un chasquido singular en la fuente de las Dos Orillas. Mis brazos se abrieron como suaves tentáculos para acoger su cuerpo en un abrazo prolongado hasta el fin de mi oración susurrada en sus oídos.

En ese instante, las aguas se alzaron tormentosas en un alud de gotas infinitas que caían en finísima lluvia por la ciudad de Armilla. El viento desatado originó un despliegue de olas que salían furiosas por los caños de la fuente de las Dos Orillas. Ludmila quedó envuelta en una transparente burbuja y rodó hasta el mar para formar la gota más hermosa del Océano...

Su gran cola de pez la alejó de nosotros como un barco ondulante escondido entre las olas desde donde ella vigila y defiende para siempre, la leyenda de la ciudad de Armilla...

— MILAGROS ROMÁN es CURANDERA en ARMILLA—

ROSBELL

Entre todas las ninfas de Armilla destacaba Rosbell, delicada, tierna y fuerte cuán pequeña rosa salvaje brotada en medio de un zarzal, y a su vez tan transparente como la primera gota de rocío que se deshiela al llegar el amanecer.

Rosbell a igual que sus hermanas se pasaba el día jugueteando de bañera en bañera, perfumándose y cantando, demasiado caprichosa para ser una pequeña ninfa, o eso era lo que pensaban las ninfas más octogenarias del lugar, y muy, muy soñadora, aunque ni ella misma conocía el significado de dicha palabra.

En verdad en Armilla, la ciudad del agua, nadie conocía el sentido ni el uso de la palabra sueño.

Y así entre risas y cantos, pasaban los días, meses e incluso años en Armilla, hecho poco revelador teniendo en cuenta que el tiempo parecía congelado, lo que para el resto de la humanidad podría ser un segundo en Armilla constituía un día entero.

Acaeció que cierto día, y como surgido de la nada, apareció en Armilla un pequeño hombrecillo, enjuto y paliducho que respondía al nombre de "nada" o de "todo" dependiendo del momento en que se le formulara la típica pregunta ¿ Quién eres?.

Ni que decir el revuelo que dicha aparición provocó entre las ninfas de Armilla.

A mi llegada a la ciudad de la que me habían hablado, se formó un remolino, desde el centro del mismo, me encontraba observando la agitación de aquellas criaturas cuando la más atrevida de ellas, acercase a mi rostro el suyo, su mirada cruzó el infinito encontrando reposo en mis pupilas, con la rapidez de un rayo, o más vertiginoso aún diría yo, una velocidad desconocida en aquel entonces, pude sentir la tierna, cálida mirada de Rosbell(más tarde supe su nombre).

— ¿Te quedaras con nosotras?

— Soy facilitador de sueños, me quedaré mientras se me necesite en estos lares.

En el preciso instante que hablo "Dadonato"(así era conocido en el mundo de los sueños), quedaron suspendidas cualquier actividad, todo quedó inmovilizado, las aguas, las pompas, los grifos, todo en el lugar quedó absorto en la palabra oída "sueños".

Desde que apareciese aquel hombrecillo, en Armilla empezaron a suceder extrañas situaciones, comenzó a llegar de otros mundos gente de diversos oficios...Y así de la noche a la mañana la ciudad del agua se despertó con un gran bullicio; Rosbell se quedó perpleja, mirando sin cesar de un lado a otro, preguntándose quienes serían aquellos seres ataviados con esas indumentarias y portando pequeños útiles cortantes en sus manos, y con cierta temeridad y gran curiosidad decidió seguirlos con la esperanza de averiguar que era lo que estaba ocurriendo en su preciada ciudad.

Al iniciar su vuelo se quedó atónita -¿de dónde habían salido todas esas plantas?-, aquellas flo-

res lo inundaban todo; grandes, pequeñas, variopintas, surgían en las bañeras, colgaban de las cañerías, de los grifos..., y un sudor frío recorrió el cuerpo delicado de Rosbell,¿cómo era posible que aquellas flores, las que siempre habían estado en sus fantasías, las que ni ella misma se acordaba de cuando las inventó en su cabeza estuvieran allí? y no necesitó seguir volando para percatarse que aquellos seres eran jardineros y aquellas flores nenúfares, el nombre que ella decidió dar en su día al fruto de su imaginación.

Percibió las risitas y murmullos de admiración de sus hermanas, no solo por los nenúfares germinados sino por que allá donde se mirase existían indicios de cosas nuevas, nacidas con gran belleza; pompas de diversos colores, haces luminosos desde lo más profundo de Armilla y seres desconocidos, aunque no tanto para ella, desempeñando un trabajo; jardineros, barrenderos, fontaneros, electricistas,..., y comprendió que todo lo que una vez había pintado en su imaginación estaba sucediendo en Armilla.

Ensimismada en estos pensamientos se encontraba Rosbell cuando la surgió la necesidad imperiosa y bastante angustiosa de volver hablar con Dadonato, el facilitador de sueños.

Me encontraba haciendo una segunda butaca con los tallos surgidos esa mañana, cuando interrumpió Rosbell a esa velocidad que ya me tenía acostumbrado, agitada como volcán a punto de estallar, pude entender entre balbuceos;¿de dónde ha salido todo esto?,¿qué hacen esta persona, y esta...y esta?.Daba vueltas y vueltas sin dejar de mover sus manos marcando en todas direcciones, en ese instante se paró de golpe, observando la butaca por unos minutos, señaló,¿qué es?, nunca imaginé algo parecido.

Querida Rosbell, siéntate junto a mí, te explico. Esto que ves, es el trono de los sueños realizado con mis manos para atender a todas las nuevas personas que habitan la ciudad de Armilla, todo lo brotado en esta mañana es motivo de tu imaginación, la fuerza con la que sueñas produce materia. Por primera vez en su vida sintió miedo al saber el poder de su imaginación, de sus sueños; en ese preciso instante, en Armilla vieron como desaparecían entre los haces de luz una pared completa dejando desnuda la habitación, por primera vez en la historia de Armilla se conoció la tristeza, comenzaron a manifestarse, amor y odio, luz y oscuridad, verdad y mentira…

En la ciudad de Armilla había nacido la "Humanidad".

Despertase Rosbell en medio de la monotonía a la que ya estaba acostumbrada, o eso era lo que ella creía hasta aquella mañana; refrescase su memoria con detalles significativos de pasajes y acontecimientos acaecidos en Armilla días atrás, recordó vagamente una ciudad llena de vida con gentío, impregnada de una fragancia majestuosa y a un hombrecillo que fabricaba butacas alegrando el alma de todos, tanto mortales como inmortales, que le quisieran prestar sus oídos. El miedo, que en primera instancia se había tejido en Rosbell, desapareció al darse cuenta que no necesitaba asomarse a su ciudad para asimilar que un cambio se había producido.

Rosbell inspiró, empapándose de la fragancia de Armilla, cerró los ojos y una gran sonrisa se dibujó en sus labios, por fin había comprendido lo que significaba la palabra sueño y decidió seguir soñando...

—SERGIO CALVO Y SONSOLES son FACILITADORES DE SUEÑOS en ARMILLA—

ATASCO

...siento la humedad en la piel, igual que todos los días, bailo en esta lluvia de cañería, me salpica los ojos... Y sin embargo hoy es diferente, los otros días, los innumerables otros días, el agua debía limpiar, borrándolos, mis alegatos, juicios, resoluciones y sentencias, mis crímenes de Inquisidora en esta ciudad de aguas verticales. Al igual que este líquido transparente recorre la trayectoria y parte continuamente, mi pesar o la conciencia de él, se desvanecían aún antes de mancharme. No había condena, ni proceso, ni bruja o hereje que no desaguara en paz, todo corría en este laberinto de tubería. No tengo, antes de hoy, memoria de traición o pesar, y hoy... este charco a mis pies... no se deshace el atasco... ahora mismo, paralizada como agua estancada, inicio un proceso de putrefacción... esta retención...

Ante el espejo, estática, me transformo en condición de barro... ¿qué cosa es ésta de la conciencia? ¿Quién me expulsa de la alegría del agua?

—BEGOÑA DE REGIL ARTEAGA es INQUISIDORA en ARMILLA—

EL PÁRROCO

Nadie guarda memoria de su llegada a Armilla, aunque lo cierto es que sin que nadie supiera muy bien cómo, con paciencia y discreción el párroco fue haciéndose un lugar en la ciudad. Se identificaba su presencia por la ausencia, es decir, por el vacío de tuberías, duchas, lavabos y bañeras, causada quizá por derrumbe quizá porque los habitantes de la ciudad respetaron su presencia y evitaron construir en el espacio que ocupaba aquel descampado, en forma de cruz latina, habitado únicamente por una gran pila bautismal. Debidamente ataviado con su sotana blanca, el párroco se paraba religiosamente cada siete días (nunca supo con exactitud si eran realmente los Domingos) en la parte superior de la cruz, diagonal a la pila y recitaba durante una hora aproximadamente aquellos versículos de la Biblia que hablaban de diluvios, niños rescatados de las aguas, hombres que caminan sobre mares y profetas que los dividen en dos, con la esperanza de que las referencias acuáticas de sus discursos atrajeran la atención de las desenfadadas habitantes de la ciudad. Aun cuando al principio parecía una empresa absurda por imposible, se supo que al cabo de unos años algunas ninfas empezaron a asistir a sus sermones completamente desnudas, e incluso algunas de ellas aceptaron ser convertidas al monoteísmo con la condición expresa de ser bautizadas todos los días con abundante agua bendita de la pila, a lo que el cura no opuso reparos de ningún tipo. Sin embargo nunca se supo de ninguna que aceptara el sacramento de la confesión en el pequeño recuadro que, para ese propósito, nuestro perseverante personaje dibujó en el suelo del ala derecha de su cruz, porque como se sabe las ninfas y náyades no padecen de esa extraña enfermedad humana, y todo hay que decirlo, pilar esencial de la religión que es la culpa. Todavía hoy se le ve pasear muy despacio entre el bosque de tuberías, con su libro negro apretado en el brazo recogido contra su pectoral derecho. Ya no viste sotanas sino que opto por la cálida desnudez que caracteriza la ciudad, si bien aun se persigna con religiosa consternación cuando alguna bañista, especialmente dotada de voluptuoso erotismo, le provoca una incontrolable y secretamente grata erección.

—AKER LEJARAZU es PARRÓCO en ARMILLA—

GREMIO DE MILITARES

ALGUACIL

GUARDIÁN DEL ALGIBE

GUERRERO

POLICÍA I

POLICÍA II

SOLDADO

Se

LA LAGUNA DE ORCO

Como buen alguacil me paso el día en el Palacio de Justicia de Armilla y la noche en la Laguna de Orco. Por las mañanas mi trabajo consiste en mantener el orden en la Audiencia y, si se da el caso de que el Juez firma una orden de detención, entonces yo me encargo de ejecutarla.

Conozco los bajos fondos. Procedo del arrabal; del Barrio de la Laguna. Crecí entre zaragatas, al lado de gente abyecta a la que he llevado con placer a la cárcel. Los bergantes me odian porque conozco todos sus trucos y escondites. En cuanto me ven aparecer, con mis cuatro brazos y mis cuatro piernas, salen zumbando como conejo en canódromo. Desde hace tiempo nadie se deja caer por la Cueva del Rizo porque durante una razzia yo solito trinqué a veintisiete malhechores que aún hoy están en la trena. Nadie habla de la Cueva del Rizo porque dicen que trae mala suerte.

Me gusta la acción. La Audiencia es aburrida porque, como me conocen, los asistentes no dicen ni mu y todo transcurre con normalidad. Prefiero las jornadas en las que se me encomienda quitar de la circulación a algún tunante. Se me considera un funcionario eficiente y a mí me motiva que Armilla sea un lugar tranquilo y saludable.

El alcaide de la prisión y yo somos amigos y solemos jugar los domingos por la mañana al tute. Nunca hago trampas, pero sé que desconfía de mis cuatro manos. El alcaide bromea y me dice que por mi culpa va a tener que hacer obras de ampliación en la penitenciaría y que yo voy a tener que correr con los gastos.

En cuanto cae la tarde, cojo el destartalado coche de línea que parte de la Plaza Mayor de Armilla, y me voy a la Laguna de Orco. Como cada día.

En la laguna el agua no es potable. Hay un centenar de letreros que prohiben terminantemente beber. Nadie en su sano juicio lo haría. Saben que no es leyenda lo que se cuenta de que quien bebe de la laguna se transforma en un alguacil de agua, es

decir; en una araña que se alimenta de moscas, y que jamás siente necesidad de dormir.

Yo ya estoy hechizado. Bebí cuando era niño, cuando aún nadie me había advertido, ni tenía yo edad aún para saber leer letreros.

No me quejo. Todo el mundo en Armilla conoce mi situación y ser araña no es tan malo. A todo uno se acostumbra. Ya no recuerdo lo que se siente cuando a uno le vence el sueño.

Cuando llego a la Laguna de Orco, me desnudo y dejo mi uniforme doblado en el interior de un edículo que los pastores utilizan como refugio. Nadie me roba, por supuesto; en Armilla todos nos conocemos y saben que yo soy el alguacil y no me ando con chiquitas; que con el doble de brazos, pego doble.

Me gusta sentir la humedad del barro en mis pies descalzos. Me interno en el cañaveral y noto un inmediato bienestar cuando empiezo a sumergir mi cuerpo ceniciento, que se confunde a esa hora con el color de las aguas. Busco el nenúfar más cercano y buceo hasta él. ¡ Qué placer sentir el agua resbalando por mi velluda anatomía !

Cuando alcanzo la blanca ninfea, mi tamaño se ha reducido hasta el punto de tener que trepar a la flor con mis ágiles ocho patas. Aguardo inmóvil a que el aire lacustre me seque. Contemplo cómo se oscurece el agua. Me pregunto qué propiedades, qué magia contiene, para lograr mi extraordinaria metamorfosis.

El agua corriente que llega a la ciudad procede del río Raudal, del norte; donde predominan los huertos, las granjas y los bosques. Yo voy poco por allí. Mi dependencia de la laguna no me permite excursiones muy largas.

Siempre llega alguna mosca. Sobrevuela la flor con su indeciso aleteo y se posa con timidez sobre la blanca flor. Las moscas son seres tremendamente ingenuos. Salto sobre ella y... ¡Ya está! Dispongo de unas extremidades potentes que me permiten brincar sobre mis presas. A las moscas debo atacarlas de frente porque siempre vuelan hacia adelante. De ese modo no escapan.

Sé que también yo puedo caer presa de mis depredadores, o incluso de alguna hembra, que me supera en tamaño y además suele ejecutar al macho después de la cópula, pero he aprendido a convivir con el peligro.

Es más duro soportar, a veces, la soledad. Mi actividad sexual, lo mismo como araña que como humano, es tan intensa como la de un pato de goma. Yo huyo de las arañas y las mujeres huyen de mí. Sienten rechazo por mi aspecto. Aún sin tocarlas, algunas me han acabado llamando pulpo.

Antes que empiece a clarear en la laguna, monto en una hoja y me impulso con las patas hacia la orilla. Luego salto de caña en caña hasta llegar a tierra firme. Será cuestión de poco tiempo el que mi cuerpo aumente de tamaño y desaparezca mi apariencia arácnida. De no ser por mi piel plomiza, y por los dos pares de brazos y piernas que obligan a la confección de un uniforme exclusivo, cualquiera en Armilla creería que soy un humano más.

Bendigo el agua de la Laguna de Orco que me hace una criatura única en el mundo, sin embargo... qué felices parecen los novios en el parque los sábados por la tarde.

—JOSEP RUÍZ es ALGUACIL en ARMILLA—

EL RÍO QUE SE VA

El viajero se adentra por territorios de ninfas y náyades y tiene dos opciones: buscar acomodo en los oasis del arrabal o caminar hacia el sur y arribar al corazón de una selva de caños llamada Armilla. Si opta por ésta última alternativa, el forastero entonces se cruzará con hornacinas que cobijan a triglifos y edecanes, y le advertirán también que llene su cantimplora si lo que pretende es entrar en Armilla. De esa ciudad se cuentan tantas historias y todas tan diversas que entonces no sabrá con certeza si la lluvia y los lagos –en realidad– no serán más que meras impresiones. A ese respecto nadie sabrá indicarle con exactitud, sin embargo, todos le advertirán que la leyenda cuenta que fue un tango o quizá una milonga, pero que las ciudades son libros que deben leerse con los pies. Eso mismo tuvo que pensar el rey Utopo de Armilla cuando ordenó que las calles fueran anchas y las casas se construyeran siempre con dos puertas.

Acaso fuera porque en Armilla había un gran temor a que el agua pudiera ser detenida o desviada, o que fuese confinada en odres de camello que acabaron llamando río Anhidro al escaso curso de agua que rodeaba la ciudad. Tal vez fuera por éste u otro temor fundado, o quizás porque en otro tiempo se envenenaron legiones que se habían bañado en la quietud de los pantanos, que un *filarca* recomendó amurallar los márgenes del río. O fuese tal vez porque en las aceras se apostaban miríadas de falsos eunucos que requerían alimentar a sus ignotas descendencias. Acaso fuese por esto o porque ya lo habían leído en las piedras de las calles que sus habitantes construyeron una cisterna lejos de los arrabales.

Lo cierto es que en esa ciudad hay un río enamorado del mar, muchas casas con dos puertas y un guardián en el aljibe que nunca ha soñado con Venecia.

— ALEJANDRO CASTELVECHIO es GUARDIÁN DE ALJIBE en ARMILLA—

LOS GUERREROS DE ARMILLA

La ciudad de Armilla, de la que Italo Calvino nos da sus coordenadas, no tiene soldados, porque el agua abomina de toda jerarquía y no acosan amenazas a quien es dulce de espíritu y manso de pensamiento.

Sin embargo, en tiempos de sequía sus habitantes contratan a escogidos mercenarios allende sus fronteras, fronteras que no son políticas sino tenues, como las lentas migraciones.

Estos mercenarios llegan de diferentes latitudes de la tierra y se asombran ante la ciudad de agua, pero nunca lo demuestran sus rostros impasibles, porque un guerrero jamás da ni al contrincante ni al aliado una ventaja en el campo del honor. Por eso, los mercenarios de Armilla combaten siempre con el sol a las espaldas y no tienen corazón, para llevar menos peso sobre sus cabalgaduras.

Nomadean estos combatientes alrededor de la ciudad de Armilla el tiempo que duran las sequías sin echar pie a tierra, oteando la posible llegada de los tartamudos bárbaros, custodiando los istmos que amenazantes aparecen cuando el sol agosta los humedales. Sin embargo, jamás traspasan las puertas de Armilla los mercenarios y no porque teman allí echar el pie al agua, sino porque honran su propia soledad hasta extremos insospechados. Tanto es así que nadie sabe qué cobran ni porqué ni cómo acuden a la cita.

Y sépase que, a pesar de las muchas tentaciones (pues en la ciudad de agua habitan siempre la armonía y blandura del amor y la melancolía de los viejos príncipes vencidos), ninguno de estos mercenarios descabalgó ni se quedó jamás en Armilla, seguidores como son tales soldados del Credo que dice: '*Lo que buscas, ignora. La felicidad radica en tu ignorancia. Vaga ya sin marcarte rumbo alguno, viajero al fin que evita a los hombres y sus encrucijadas. Marchar es tu alegría, o engañarte. Saber que si te paras morirías y que, si no lo haces, inmortal podrías ser y amarlo todo. Y siempre'.*

Así, aún se cuenta en Armilla que, pese a la violenta seducción que sus calles produjeron en uno de estos guerreros, el persa conocido por el nombre de Murdadh, que significa 'la inmortalidad', éste aún se venció en singular batalla a sí mismo y a su propia paz y, cabalgando, una vez más se alejó de Armilla cuando las lluvias regresaron, sin volver siquiera su gallarda celada borgoñota a la imposible belleza de la ciudad de agua, hablando como al viento estas palabras: *'¿Agua decís?... ¡Mas no me habléis de agua los que no os habéis ahogado!'*

Espoleó entonces a su caballo, ligero como sólo es ligero quien no tiene corazón, y se adentró en países lejanos y en su eterna gloria conocida. El resto, como en el amor, ya se sabe, es sólo frenesí.

— JAIME ALEJANDRE es GUERRERO en ARMILLA—

UNA POLICÍA EN ARMILLA

Hay quienes piensan que debe de ser especialmente fácil ser policía en Armilla. La falta de muros, argumentan, dificulta mucho, si no impide, la actividad de los malhechores. Para empezar, en Armilla carece de sentido intentar atesorar nada. Sólo puede atesorarse algo ocultándolo y poniéndolo fuera del alcance de los demás, cosas ambas que en esta ciudad resultan imposibles. Todo está a la vista y a disposición de cualquiera, así que nadie siente el impulso de robar. Tampoco es éste un lugar propicio para los embaucadores. Nadie puede aquí tratar de aparecer ante otros como lo que no es, porque al caer la noche, cuando te retiras a tu casa y te sientas en tu habitación a solas, incluso cuando duermes y gritas los nombres que te asaltan durante el sueño, permaneces tan expuesto a la contemplación y la escucha de tus vecinos que malamente podrías hacerte pasar por nadie más que por quien eres en realidad. Y en cuanto a los criminales no comprendidos en las dos categorías anteriores (que si se piensa se reducen a los que ofenden a sus semejantes, ya sea de palabra o de obra, siguiendo impulsos irracionales o gratuitos), infieren los maliciosos que a la policía de Armilla distan de provocarle grandes quebraderos de cabeza, porque en esta ciudad resulta tan impracticable agredir a alguien sin testigos como dar esquinazo a quien te persigue (por la falta de esquinas, precisamente).

Pero ay, cómo yerran los que así piensan. Es verdad que no tenemos muchos delincuentes, y que a los pocos que de vez en cuando aparecen (personas de veras torpes y abominables), les echamos el guante en seguida y los enviamos a presidio. Pero ése, el de capturarlos, no es el problema. Por lo menos, no lo es para mí, que llevo quince años entregada a este oficio. El problema es la mirada vacía de la niña muerta que encontraste en la bañera aquella tarde, y que desde entonces te acompaña. Y para eso, ni en Armilla ni en ninguna otra ciudad, se ha inventado aún una solución aceptable.

— LORENZO SILVA es POLICÍA en ARMILLA—

EL PAÍS DEL AGUA

Desde que comienza el ritual diario de embellecer la ciudad y se escucha la respiración del agua en los surtidores, los policías se hermanan en la tarea de velar por el buen funcionamiento de las tuberías y los desagües, procurando no molestar el despertar infinito de las mujeres, que en el primer baño de la mañana despliegan sus encantos adormecidos, untándose con afeites, sales y sustancias aromáticas de todo tipo, sus hermosas pieles blancas. En el trabajo diario de pulimentar, de desatascar para que el agua salga pura, los policías, al igual que el resto de ciudadanos, ejercitan una extraña nostalgia que al final del día se transformará en fiesta, cuando el dulce fluir de las cascadas adormezca suavemente los sentidos y el murmullo de la naturaleza tonifique los músculos, cayendo todos rendidos en el regazo de las princesas del agua.

Desde la pequeña loma sobre la que se asienta la canalización siete, se tiene la mejor vista de la ciudad, justo cuando el sol da de lleno al medio día y se refracta la luz en el agua, proyectándose un carnaval de rayos multicolor que rebota en los espejos que cada mujer lleva siempre consigo. Y es que a esa hora las ninfas alcanzan su máximo esplendor, aprovechando entonces para realizar la liturgia de la purificación. La sugerente cadena de lavarse y peinarse las unas a las otras hipnotiza a los ciudadanos hasta el punto de que la ciudad se paraliza en torno a la fuente principal, temiendo entonces la policía que se produzcan desmayos por nostalgia desmedida.

No es la primera vez, sin embargo, que alguno de nosotros hemos tenido que coger agua con el vaso reanimador, que llevamos colgados al cinto, y dar de beber a un sujeto que sufre un vahído de nostalgia. Lo curioso, es que a partir de ese instante, cuando ellas muestran la alegría con sus gestos despreocupados y sensibles, bendiciendo el agua como último paso de la liturgia, el pulso de la ciudad se relaja y los policías apenas tenemos trabajo. Ahora el deseo de que llegue la noche y pase el día lo más rápidamente, se apodera del pulso de la ciudad. Los quehaceres son un mero trámite a la espera del baño nocturno que finalizará el día. Todos como autómatas relegamos a la memoria para que trabaje lo justo, sin atrevernos a poner en duda los milagros del agua, abandonando la culpabilidad a las mazmorras del olvido.

Por eso, antes de que baje el sol y busque a mi musa definitivamente, prefiero pasarme por la taberna de Domingo nada más quitarme el uniforme y así llegar sobrio de nostalgia.

—JORGE GALERÓN RODRÍGUEZ es POLICÍA en ARMILLA—

EL SOLDADO DE ARMILLA

Me preguntas, viajero, por Armilla. Me preguntas si algo sé yo, algo sobre su construcción o, por el contrario, sobre la devastación que sobrevino tras los primeros tiempos en que fue habitada. Me preguntas por mi condición, nombre y oficio. Y a todo ello responderé esta tarde, a tus preguntas daré satisfacción mientras bebemos, pues yo estuve allí, yo participé en la destrucción de Armilla.

Oficio, nombre y condición son lo mismo para quien es soldado, para quien obedece la orden de cavar una fosa, arremeter contra un muro, matar a otro hombre. "Eh, tú, soldado, no te olvides de apilar aquellos cuerpos, no te olvides tú, soldado, de recoger los escombros y arrojarlos al río, donde a nadie molesten."

"Soldado, haz que callen esas mujeres, ahógalas si es necesario."

Me cuentas, viajero, que has leído teorías sobre cómo Armilla llegó a ser como es, con su esqueleto desnudo de cañerías y el incesante rumor de lo húmedo, con extrañas visiones de muchachas que cantan mientras lavan sus cuerpos. Me dices que muchos han visto los mismos paisajes de piel y plomo recorriéndose con la pereza de los niños, que incluso tú, viajero, llegaste al pie de esa ciudad erigida para no ser nunca olvidada.

Pero no estoy seguro de si has comprendido bien que nadie queda allí, que no hay muchachas escondidas, que el canto impreciso es sólo un deseo o una condena. Yo miré atrás por última vez cuando la tropa regresaba después de arrasar Armilla, y te aseguro que nada vi que pueda parecerse a esas cosas por las que me preguntas, viajero.

— JUAN MANUEL NAVAS es SOLDADO en ARMILLA—

GREMIO DE PROLETARIOS

AMA DE CASA
BARQUERO
COCINERA
LLENADOR DE BARRILES
TALABARTERO
VACIADOR

Si

ARMILLA LOS OFICIOS DEL AGUA

Teresa sacó lentamente sus manos de la pileta en donde habían estado sumergidas durante veinte minutos. Había terminado por fin de lavar todos los cacharros. A pesar de que sus tareas eran rutinarias, todas tenían vínculos con el único elemento capaz de energizar y regocijar a las personas.

Y a Teresa, como a muchos, el sonido del agua la excitaba.

Lavar y purificar las verduras, hacerla bullir para cocinar los alimentos, dejarla correr para lavar los utensilios. Convertirla en espuma para limpiar las prendas de vestir o en río perfumado para abrillantar su hábitat.

Para Teresa el agua era su medio de vida, desde beberla fresca y agradable hasta hacerla jugar con su cuerpo en la ducha rápida o en el lento baño de inmersión. No se imaginaba su vida entre papeles de oficinas secas o edificios áridos. No concebía vivir manejando un medio de transporte por horas, ni permanecer en los multi-estudios de noticias y programas de entretenimiento que se transmitían por los paneles líquidos.

En su casa en Armilla, no había paredes convencionales. Debido a la gran cantidad de caños y sus posibilidades de obtener ese precioso líquido en abundancia, Teresa había logrado crear hermosos tabiques divisorios los cuales variaba con gran frecuencia. A veces eran bosques húmedos, otras lagos virtuales, otras cascadas sonoras o como ahora, uno de lluvia perpetua.

También abundaban los recipientes rebosantes de aguas con peces y plantas, piedras y colores.

Los relojes de agua goteaban acompasadamente. Las luces se encendían al atardecer dentro de sus receptáculos acuosos variando día a día su tonalidad, según la

época del año en que se encontraban y paseando por todo el espectro del arco iris.

El humidificador central siempre en funcionamiento permitía a musgos, hongos y líquenes tapizar los caños superiores que se empecinaban en formar un techo desparejo.

Con paciencia y semillas obtenidas de contrabando había logrado excelentes cultivos de hidroponía. A su alrededor estallaban los rojos tomates, racimos morados y cristalinos de uvas y duraznos apenas ruborizados.

No faltaban tampoco las enredaderas de jazmines y madreselvas.

El agua era la vida y el color de todo. Por eso Teresa, no podía imaginar otra vida fuera de Armilla, u otro oficio distinto del suyo.

— VIVIANA LLORENS es AMA DE CASA en ARMILLA—

BARQUERO

Comenzaré presentándome, mi nombre es Juan Martínez y mi oficio aquí en Armilla es de barquero. Ya mi abuelo y mí padre lo fueron antes, y ahora yo y mi hijo Tomás también lo somos. Es un oficio bonito. Mi padre siempre me solía decir que de todos los oficios que tiene el hombre uno de los mas singulares es el de barquero. Es un oficio donde la naturaleza está en intimo contacto con el hombre y éste en lugar de someterla la respeta y se adapta. Quiero decir con ello que el puente no respeta al río, lo somete a su forma, lo obliga a pasar por debajo (¿qué sentido tendría un puente sin un río debajo?). En cambio una barca navega sobre un río y fluye con sus aguas, es por eso que a uno la sangre también se le acostumbra a fluir de esa manera y hay días que la siente mansa y calma, y otros excitada y alterada como si fuese fango.

Gracias a mi oficio he podio gozar de privilegios a casi nadie concedidos de manera conjunta y desinteresada. Controlar la entrada por tierra de todos los visitantes de Armilla, que me solicitan que les lleve a la otra orilla del río, a ellos, a sus compañeros y a sus equipajes. Y a su vez me proporciona ocasiones muy buenas de charla con lo viajeros para conocer los eventos mas importantes que han acontecido en sus lugares de procedencia. Esto, no cabe duda me proporciona una información verídica y de primera mano, que en este tiempo está muy escasa y muy manipulada. De esta manera uno va conociendo mundo sin apenas salir de una barcaza, que viaja siempre haciendo el mismo recorrido de una orilla a la otra del río, una y otra vez de aquí a allí. Y como la barca es grande, en la época de buen tiempo nunca me faltan amigos de Armilla, que vienen un rato a la mañana, ó bien un rato a la tarde, para hacerme compañía y para hablar con los viajeros que nos vistan.

El río ahora parece calmado pero yo a lo largo de mi vida lo he visto de todos los colores –como se dice coloquialmente- quiero decir que lo he visto así de manso y mucho más enfadado. Cuando llueve durante varios días, parece que me lo estoy imaginando, baja lleno de ramas, troncos y arrastra todo lo que encuentra por delante. Pero eso no pasa siempre, solo algunas veces especiales. La que yo mejor recuerdo fue la de 1940, esa vez el agua llegó hasta la plaza del pueblo hasta la altura del cuarto escalón de la escalera que sube hacia la Iglesia. La verdad es que aquella vez por poco nos pilla desprevenidos, el agua subió de una manera rápida y repentina. Pero uno conoce el agua casi mejor que así mismo y cuando nota la sangre espesa como el fango que arrastra piedras, árboles, animales,... es que el río quiere volver a sus entrañas, al ombligo de su madre la tierra y entonces enloquecido, baja con mucha fuerza.

— JUAN MARTÍNEZ es BARQUERO en ARMILLA—

LA COCINERA DE ARMILLA

Puede que el extranjero recién desembarcado en Armilla eche de menos los resplandores y los fuegos de su cocina natal. Es posible que, al poco tiempo, su gusto se resienta ante la monotonía de unos platos que básicamente consisten en agua dulce y poco más: sopas, salsas y caldos constituyen la quintaesencia de una gastronomía que nada sabe del mar y muy poco del pescado, salvo algunas sosas truchas de río; una cocina suave y vegetariana que se horrorizaría ante la sola visión de la sangre, la carne masacrada, la res sacrificada en virtud de un delicioso escalofrío.

Por eso los primeros armillanos que acudieron al reclamo de la nueva cocinera de la Casa Consistorial y salieron con una resonancia extraña en el paladar, no pudieron notar que nada hubiese cambiado sustancialmente en el ritual de los platos. El mismo caldo, las mismas hebras de verdura flotando desangeladamente en la sopera, los mismos tonos mortecinos del sabor de siempre. Pero hubo quienes paladearon una ínfima, apenas perceptible variación en las recetas, y preguntaron por la nueva cocinera, una mujer mayor, triste y taciturna de la que se sabía muy poco, excepto que siempre vestía de negro y que había llegado a Armilla centrifugada en una guerra remota en las fronteras de oriente. Un curioso insistió en el componente secreto de su cocina pero no obtuvo respuesta; se decía que la mujer no dominaba todavía el armillano, pero el hostelero jefe, con una carcajada maliciosa, aseguró que no hablaba porque no le daba la gana.

Muchas cosas se dijeron de la nueva cocinera de la Casa Consistorial; algún comensal insinuó que el sabor ligeramente sazonado de sus sopas y sus ensaladas era obra de un conjuro maléfico; una cocinera envidiosa conjeturó que dicho conjuro incluía gotas de sangre. Ella no decía nada: se limitaba a cocinar, inclinada siempre sobre las ollas y los fogones, siempre de luto, siempre canturreando en una lengua desconocida, envuelta en una tristeza tan suave y tan usual que casi parecía alegre, y al

poco tiempo, los armillanos dejaron de lado las habladurías, en cuanto su paladar se acostumbró al sabor salado de las lágrimas.

— SITAR DEVROD es COCINERA en ARMILLA—

EL LLENADOR DE BARRILES

"...si hay detrás un hechizo o sólo un capricho, lo ignoro" Italo Calvino

Si no te hubieras marchado de Armilla nada más nacer por allá por Güira de Melena o Santiago de las Vegas, habrías sabido que con el agua no se juega ni se arman todas esas fantasías tan bonitas y sublimes que sólo se lee la gente que tiene agua. ¿O tú te crees que yo tengo tiempo para tales boberías? No, hermoso, no. Aquí, en esta Armilla de mierda, racionaron el agua a principios de los sesenta con el pretexto o la intención (yo qué cojones sé lo que va primero) de hacerla llegar a todo el mundo y lo que de inmediato pasó es que no llegó a nadie. No llega a nadie. Todavía. Eso es lo que se llama *"desvestir a un santo para vestir otro"*. No, mira, si yo tengo un trapito cubriendo mis partes pudendas, pues déjame el trapito, y si el de más allá tiene un *tuxedo*, ya sea robado o comprado moneda a moneda déjaselo, qué más da, si al final el del trapito termina robándose el *frac* porque somos así, la especie humana es así, pero no esta cosa de ¡¡¡¡¡¡¡hala!!!!!!! todo el mundo en cueros. Como si estuviéramos en el Paraíso Terrenal, con Adán y Eva... Y tú, venga a hablar de Armilla con esa nostalgia babosa... No. No. Como dice la canción: *"bájate de esa nube y ven aquí a la realidad"*. Y la realidad es que el agua llega después de las once de la noche y se va a la una, y no siempre, pero nunca sabes bien cuando es ese "no siempre". O sea, que si quieres salir a tomar el fresco, emborracharte, escribir una de esas mariconerías frías sobre Armilla, comer con unos amigos, singar... ¡zas! ¡coito interruptus! ¡quédate con la leche en la punta de la pinga y jódete porque a las once... a las once toca el agua! Así que si vas a suicidarte, que sea por la mañana. Ni eso.

Y no olvides los preparativos:

1. EL BARRIL Recipiente de madera en forma de tonel donde viene envasada la (supuesta) manteca de cerdo que llega de alguna parte ignota del planeta. Para ad-

quirir uno de ellos tienes que coincidir con el día "bueno" del bodeguero, o si tienes tetas enseñárselas, o si tienes un buen culo ponerlo en pompa, o chupar o darla a chupar (depende de la "orientación" sexual del compañero colocado por la Oficoda para atender el suministro de los alimentos básicos), o simplemente pagar en metálico por las cuatro tablas que, además de todo, se pudren como a los tres meses y que en definitivo es el método más digno, si todavía nos queda algo de dignidad.Llevarlo rodando desde la bodega hasta tu casa por toda la calzada, bajando la vista ante la mirada de los que miran y piensan qué habrá tenido que hacer éste para hacerse con el barril.Llegar a casa y darle una buena fregada (o limpieza, por si se te ha olvidado el sinónimo por el tiempo que llevas fuera de Armilla) y si se ha terminado el detergente, darle ceniza de carbón vegetal que también quita bien la grasa. Y finalmente intentar mantenerlo varios días lleno de agua para que la madera se hinche y selle los intersticios por donde se cuela y desaparece fácilmente el apreciado líquido (¿me quedó bien esto último?)

2. LAS MANGUERAS Hay que abrir el grifo, dejarlo abierto y enroscar la boquilla de la manguera. Si la manguera no tiene boquilla con su rosca correspondiente, natural y lógica, apáñatela con con trapos, trozos de tela, cuerdas, el copón divino, para dejar colocada, o semi-colocada, la goma al tubo por donde llegará el agua clara y serena que de la sierra bajando va (eufemismo piadoso: viene de algo que llaman dudosamente depuradora y que está camino de la vía del tren en dirección a La Habana, por ahí mismo, por donde tantas veces he follado).

3. SOMBRERO Y CAPA DE AGUA VIEJA COLOCADOS EN LA ÚLTIMA BUTACA DEL JUEGO DE COMEDOR, LO MÁS A MANO POSIBLE DE LA PUERTA DEL PATIO. (ESTO ES PRÁCTICAMENTE MÁS IMPORTANTE QUE TODO EL RESTO DE LA OPERACIÓN). Esperar pacientemente las 11, las 12, o la santa hora a la que el cabrón del agua se le ocurra proveernos. Mientras, puedes leer *"Las dos mitades del Vizconde"* (así fue como tradujeron tu libro en Armilla) a la luz de un quinqué antiguo (lo que denota cierto poderío) o de una "chismosa", que es una lata con una mecha metida en keroseno y que mancha todo lo que le quede cerca, hasta el alma. De las velas no me acuerdo.

De pronto, los sonidos profundos de las entrañas de las cañerías y desagües te anuncian por fin que algo inminente puede estar por suceder. A veces es una falsa alarma y tienes que volver a la última página en donde dejaste la mitad del vizconde. Pero otras veces no, ellos son buenos y el sueño se hace realidad: llega el agua.

Y entonces corre, por nunca puedes estar totalmente seguro de cuánto va a durar el milagro.

Primero espera a que salga todo el aire acumulado en las cañerías y cuando veas brotar el líquido, ponte en marcha.

Vete al comedor (recuerda que en Armilla, el comedor suele estar al lado de la cocina e inmediato anterior al patio), da la luz (que es algo parecido a "dar a luz", pero como dice Silvio, otro armillero que vivía en la calle Zanja, *"no es lo mismo pero es igual"*), pero no enciendas todavía la del patio. ¡Mucho cuidado con no equivocarte en esto porque la puedes pasar NEGRA! Cálate el sombrero y tírate por encima del todo la capa de agua intentando que te cubra totalmente, dejando espacio solamente para los ojos que como eres miope por suerte llevas gafas (o espejuelos, como se les llama en Armilla) y que te protegen esa mirada tuya que a veces parece extraviada. ¡Y AHORA, TODO A UN TIEMPO: ENCIENDE LA LUZ DEL PATIO, ABRE LA PUERTA, SAL (SIEMPRE CUIDANDO EL DISFRAZ, que casi recuerda *"la mantellina"* sobre *"la maschere veneziane"*), CORRE, VUELA, COGE LA MANGUERA, MÉTELA HASTA EL FONDO DEL BARRIL...

Y HAZ COMO SI NO SIENTIERAS PARA NADA LA LLUVIA DE CUCARACHAS VOLADORAS QUE CHOCAN CONTRA TU ARMADURA VIZCONDAL (LAS MÁS ASQUEROSAS SON LAS ALBINAS, QUE SON TRANSPARENTES Y PUEDES VERLES TODOS LOS ÓRGANOS —mi amiga Marisa tiene un teléfono de lo más bonito que cuando suena se ilumina todo y se ven todos los cablecitos y las cositas de distintos colores, pero ella no sabe que a mí lo que me produce es asco y miedo—), Y CORRE CORRE CORRE, DA TRES PATADAS EN EL SUELO PARA QUE SE DESPRENDAN LAS QUE SUBEN POR TUS PANTALONES, SACÚDETE VIOLENTAMENTE ANTES DE DISPONERTE A ABRIR LA PUERTA Y ENTRAR AL INTERIOR ABRUPTAMENTE, HÁZLO COMO SI SE TRATARA DE UN DESPOJO DE SINCRETISMO RELIGIOSO (casi lo es). Y ENTRA, CIERRA LA PUERTA, DESPÓJATE DEL ATUENDO VENECIANO, SACÚDELO BIEN PARA QUE CAIGAN TODOS LOS BICHARRACOS QUE HAYAN PODIDO QUEDARSE ADHERIDOS A LA TELA O A TI MISMO. Apaga la luz del patio, la de la cocina, vuelve a la penumbra romántica del quinqué o la chismosa e intenta empalmar la otra mitad del noble (aunque la cosa no termina aquí, porque luego tienes que volver a salir para sacar la manguera del barril antes de que corten de nuevo el agua y la cañería absorba todo tu trabajo de **llenador de barriles**).

Y esta historia no es imaginación, no son las mariposas de Macondo, y por supuesto en el lujoso barrio residencial de El Pedregal, donde Gabo tiene su mansión, habrá siempre aguas que broten de duchas y fuentes y nunca cucarachas (y menos las albinas, que son las peores, te lo juro). Esta *"histoire"*, quizá posiblemente ni siquiera

se le habría ocurrido contártela tu tata Marta Toca, antes o después de salir de Armilla, en Santiago de las Vegas o en Florencia o en Roma. Porque la realidad muchas veces supera la cuentística.

Igual hasta te interesa saber lo que se experimenta al ser despertado en mitad de la noche por las patas casi metálicas de una cucaracha caminando por tu espalda, a pesar de todo el cuidado y dedicación —casi hasta "amor"— que has puesto en pillar cada milímetro del mosquitero por debajo del colchón. Pero te lo ahorro. Descansa en paz. Espero que alguna vez me llegue a mí (la paz, quiero decir).

—DAVID LAGO es LLENADOR DE BARRILES en ARMILLA—

LAS CIUDADES Y LOS EMBAUCADORES III

Algunos de los de Armilla aún nos recriminan no haber nacido aquí. No a mí, que me fueron a parir bajo el viejo canal, en la antigua Hostería, en el Barrio Pobre, junto al desierto: sino a los míos. Que si mi padre, Filón, con su "troupe" de comicastros y mi tío, Sebastián, el tragasables... Que a qué querían en Armilla un teatro permanente... Que a qué querían unos sin viento una ciudad de agua.

Pero sé que lo dicen de buena fe. Por matar el tiempo, por darle conversación a la taberna cuando cierro mi puesto al atardecer. Entonces comienzo a hablar y no hay quien me pare: De cuando el gran Filón actuó ante los mismos ojos del Dogo de Venecia... De cómo mi tío -por causa de no sé qué enfado- partió a las tierras del Preste Juan y de qué manera acabó entre las huestes del menesteroso Carlos Tudesco y de cómo de ahí le vino a mi tío el apodo de "increíble". De las buenas maneras que hubieron las hermanas Dalka y Ruselka –mi madre y su hermana- para convencer a esos dos pueblerinos de Filón y Sebastián y retenerlos una jornada más que se va prolongado hasta hoy en día. Armilla... Tantas historias, tanta vida que decir...

No así yo, que no hubo manera que el sable me llegase a la bajura de la nuez, que diese dos pasos en la cuerda al viento, que me otorgase crédito el más dócil caniche cuando le ordenaba sentarse, que no pasé del ser y el no ser y me harté de esperar a Godot... Acabé, como todos los sin oficio en la Casa del Tesoro, para el reparto anual de vacantes: me tocó talabartero, aprendí y no se me dio del todo mal, que aquí me tienes en un arnés y mañana en unas bridas. Porque mi oficio, lector, es este: repujar el cuero, ceñir la piel, darle forma. Que bien podría haber seguido el orden familiar y ser un buen trapecista, quizás un mago, quizás un autor verdadero.

Así que cada amanecer salgo de mi casa, monto en mi canoa, navego hasta el embarcadero del Mercado de Abastos, descorro los candados, enciendo el hornillo, extiendo el tenderete... ¡Qué curtidos!.. ¡Qué becerro, señores!... ¡Fustas, correas, cai-

teles.. lo mejor del Viejo Mundo!... Mire usted, Don Andrés, estas embocaduras... Caí al agua, maese Andrés y se me ha cuarteado el cinturón... Con estos látigos, Don Andrés, tan desenhebrados no hay esclavo que te tenga respeto... Andrés, esta tarde haré almendrados, ¿me traerás esas pulseras que te encargué?...

Algunos de los de Armilla dicen que no soy de aquí. Alza tu copa, lector. Otra ronda, tabernero.

—JESÚS URCELOY es TALABARTERO en ARMILLA—

EL YAGATÁN

A veces las caravanas acercan hasta Armilla a algún viajero que tarde o temprano pasa por mi taller y contempla las dagas que forjo, discutiendo conmigo si un filo o un filo y un tercio, si guardamanos o cruceta, si vaina de cuero curtido o de bruñido metal. Casi ninguno deja de enseñarme el arma que cuelga de su cinturón. Algunas son magníficas. He visto acero del Oeste, tan firme y suave al tiempo que lo tomé por terciopelo helado; puñales de islas tropicales con forma de llama, cuyo corte fulge como el fuego que semejan, o fantásticos kamas del Norte, cuyas entalladuras semejan las líneas de la vida que arrebataron. Muchas maravillas he contemplado, pero ninguna puede compararse al yatagán que hace diez años forjé y afilé. Nadie conoce su existencia, ni siquiera el Gobernador. Tan sólo cuando el taller está cerrado lo saco de su estuche y lo contemplo. La empuñadura es de marfil sin pulimento alguno, ni lleva piedra ni lámina de oro, pero la hoja es la más soberbia que nunca se vació en el mundo. Su equilibrio, su delgadez y su filo es tal que puede hundirse en cualquier fuente o aljibe sin que el agua se perturbe; entonces es imposible distinguirla con claridad de los reflejos del sol en el fondo; al salir, la hoja está seca, como si el agua se hubiese apartado ante ella. Sólo una vez he matado con el yatagán. Aquel a quien se lo clavé no percibió la estocada. Se marchó sin volverse ni siquiera. Murió tres días más tarde, tras desangrarse poco a poco, a través del tajo sin remisión; pero el hilillo de sangre era tan leve que se perdía en cualquiera de las corrientes de Armilla sin que ni siquiera tiñera el agua, sin que mi víctima sintiera extraña aquella humedad en el muslo.

— ÁLVARO MUÑOZ ROBLEDANO es VACIADOR en ARMILLA—

GREMIO DE TÉCNICOS

O

VIAJERO
ANESTESISTA
BOMBERO
CIRUJANO
CLEPSIDRERO
DESATASCADOR I
DESATASCADOR II
FARMACÉUTICA I
FARMACÉUTICA II
FONTANERO
FOTÓGRAFA
GEÓGRAFA
GUÍA TURÍSTICA
INGENIERO VASCULAR

SALVADOR, EL DE LOS PUROS

Después de aquel bendito coma por agua; cuando emergí, mi padre Phlebas el fenicio, ya me esperaba con su recién puesta caja de puros Cohiba con sabor a láudano. Me la regaló. Sin cargo. Con cariño.

Era verano. La peor época para emerger de un río con poca profundidad .El dolor y el agua podrían crearme adicción. Tras la esperanza, cumplir la promesa.

Bajo el cielo anaranjado y los cirros abatidos, mi padre:

-Acude a Armilla. Allí la gente sabe amar de verdad, pero dicen que los deshielos producidos por el cambio climático han hecho que sufran mucho. ¡Sédales sus cañerías! ¡Cálmales su constante humedad malsana!, pues tú bien sabes que a veces no es tan productiva como nuestros pozos negros en los Emiratos.

A varios pasos hacia el Norte más contundente, se debía atisbar Armilla, ciudad donde las miradas se confunden entre el H y el O porque la estructura de su ámbito es el agua y tanta agua a veces duele. Y el dolor hay que tratarlo.

Atravesé los cuatro puentes hasta la mítica Armilla. Los cuatro sobre el mismo río. Caprichos del camino. Faltando nada, la que yo ansiaba desde niño: Memphis Contreras, ninfa superviviente de la separación de los cursos del Tigris y el Eufrates, guardiana de la puerta de la ciudad, por supuesto amurallada:

-Pasa. Aquí hay gente que ama mucho, pero sufre muchas enfermedades, sobre todo de piel blanda. Alguien tendrá que hacer algo.

Paseé por las calles y las instalaciones. Por todas. Lo que yo pensaba. Dioses de otras civilizaciones antiguas, por eso tan olvidados, habían dejado permanentemente abierto el grifo general del agua caliente. Las parejas de hombres y mujeres, con papeles y sin papeles, se despojaban acompasadamente de su dolor sordo aunque no mudo. Y he aquí que la más hermosa de las ninfas novicias, portavoz definitiva de la ciudad, se dirige a mí, el extranjero:

-¿Eres tú el anestesista que estaba avisado desde hace años?

-Debo ser yo. La pereza y el coma por agua de río me han retrasado. ¿Qué queréis láudano o cloroformo para aliviar vuestras quemaduras de tercer grado?

-Abre el grifo del agua fría y vivamos enamorados durante otra glaciación. Hubo antes otros muchos anestesistas que también nos dieron a elegir entre el láudano y el cloroformo, incluso la morfina, pero ninguno, ninguno olía tanto a puro como tú. Salvador.

— JULIO SOLER IZQUIERDO es ANESTESISTA en ARMILLA—

PARADOR DEL FUEGO

Ser bombero en el país del agua es ser fiel y obsesivo a un pensamiento: Oir como todo esto arde. Las bibliotecas, los barcos, las casas de madera, los nenúfares. Aquí, en la torreta nodriza donde vivo ésta única idea me mantiene despierto para que cuando llegue pueda olerlo. Hace cientos de años que desapareció el fuego por un golpe de estado fluvial. Yo soy el último, el elegido por ellos para hacer frente a las desterradas llamas a su regreso. Siempre atento, vigilante, al acecho minucioso de un columna de humo, a un golpe de luz intenso…., sólo escucho el ruido de las chimeneas y el de las luces en el horizonte que parecen hermosos fuegos. Cambiaría de lugar, de ciudad, de destino. Estoy a punto de ser vencido por el tiempo, en todos estos inviernos no he podido transmitir mi enseñanza a nadie. Los niños no quieren ser bombero. Las mangeras, las lanchas, las tuberias y cisternas están oxidadas, llenas y tristes. Recuerdo Farenhait 541 y me siento Montag: un hombre una causa. Mi tristeza morir. Flotar al fin en la corriente con una última sensación, nadie me sustituirá después. Quien quiere un oficio destinado al olvido. Soy ciego, un bombero ciego en el país de Aqua.

— IGNACIO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ es BOMBERO en ARMILLA—

El relato del cirujano

No me siento solo. Quizás en parte sea porque se me escapa el concepto de soledad. El ser humano me es ajeno. Llevo toda la vida queriendo comprenderlo, toda una vida en este desierto que parece un sueño apuntalado, toda una vida y todavía nada. Pero reconozco no haberlo intentado con demasiado ahínco. Yo, al igual que mis predecesores, nací siendo cirujano, fui concebido para ser cirujano. Sólo tuvieron que serme transmitidos los conocimientos necesarios, y nada más que eso; cosa que hizo mi maestro al igual que haré yo dentro de no demasiado, con otra vida arrancada al agua.

Siempre he vivido en lo que antaño fue campamento base, enterrado bajo un bosque melnikofiano. Todas las mañanas me despierto con los cantos, paseo meditabundo enfocando quizás sueños, y empleo el resto de las horas de luz en leer (aunque ya he empezado a releer) los libros empachados de polvo que intentan transmitir cierta sensación de orden a una sala que debió de haber sido biblioteca. La noche la mato dudando. Disfruto de mi reclusión, disfruto comprobando, un punto melancólico, que las olas siguen sin dejar escapar nada, que se atragantan inmutables con todo lo que no me sirve.

Una vez a la semana al mar le da una arcada. Entonces yo trabajo. Abro la carne, corto, quemo, implanto, coso. Adapto. A la noche el agua se embucha de nuevo su náusea reconvertida. Y yo me quedo para dudar, y leer a ratos.

Detesto lo que el mar ha llegado a representar para mí, las ideas que se adhieren a mi piel al contemplarlo; y sin embargo soy yo quien adecúa las nuevas vidas al agua, un agua que ya puedo pero aún no quiero. Por lo tanto soy una especie de dios decepcionado de su creación, un espectador privilegiado del incombustible y estéril proceso de adaptación del universo a nuevas verdades axiomáticas. Cuesta ver cómo han olvidado sensaciones, conceptos... desplazados por alguna nueva ordenación del mundo. Como siempre han hecho.
Olvidarse a sí mismos en su propia evolución... triste pero divertido (¿A quién se habrán llevado?).

Yo, por mi parte, sólo puedo mirar el mar, el agua inmensa. Y me suelo preguntar en qué punto las cosas empezaron a torcerse. Quizás debieron hacer caso a Platón y no desligarse del mito, o a lo mejor hicieron bien en seguir a Aristóteles y su razón, no lo sé. Quizás Pei-Xiang no debió mostrar nunca sus escritos, o simplemente no debieron aprender a comunicarse jamás. Hubo un tiempo en que me sumergía en es-

tas cuestiones con fruición de buscador; ahora soy un ex buscador que mira al mar tranquilamente sabiendo la ruina prolongada, de espaldas a otra ruina por suerte más platónica.

Así paso despacio por un terreno escaso, temiendo el agua, temiendo que siga ennegreciendo y no pueda reprimir una última náusea. Paso lento para poder admirar cada cosa, o la sombra ya de cada cosa, y porque aún se me escapa demasiado para un lugar tan reducido. Y paso despacio porque no me urge entender nada, porque creo que nada que se pueda entender rápido merece la pena. No tengo prisa porque no tengo un fin, o porque el fin es demasiado inmenso para que yo pueda abarcarlo. Porque no tengo miedo, no me siento inseguro si no comprendo cuando entiendo que no puedo comprender. La ausencia de prepotencia y egocentrismo en soledad no permite que sea tentado y derribado. Yo he aprendido a amar este desierto de pesadilla o de ensueño, he aprendido a no desear, a nacer vivo cada día entre cantos. Y me gusta.

Hay quien dice que estoy loco, hay quien no cree que exista, y hay para quien no existo. Dentro de los que me catalogan como loco hay quien dice que me retienen los cantos, otros creen que soy fruto del aislamiento, del desconocimiento. Yo no pienso en esas cosas. Soy cirujano y mi lugar está en tierra, lo quiera o no. Pero como ya he dicho, no me siento solo, ni envidio su adelanto (que por otra parte me veo obligado a utilizar), ni su felicidad.
No creo en ellos, para mí ellos están más locos que yo (en caso de que yo lo esté), para mí todo su mundo tiene menos peso existencial que el simple aire, ya casi mío. Vivo suave, delicado, intento fluir con las corrientes de vida que se enredan con los cantos en mi pelo enmarañado. Contemplo su agua con tristeza, de espaldas a la entonces su tierra muerta, ahora mi tierra, preñada de sí misma. Disfruto de mi condición de exiliado de un mundo que se ha sumergido ciego en el terreno del mito; exiliado a otro mundo en que los mitos han tomado lo que el hombre ha dejado medio destruído, o a medio construir.

"...al hombre, antes de colonizar las estrellas, todavía le queda por colonizar el agua..."
Pei-Xiang

*— JORGE FERNÁNDEZ ALDAY es CIRUJANO **en ARMILLA**—*

EL CLEPSIDRERO

Un día como cualquier otro se le comenzó a ver diariamente con puntualidad en la planta baja de uno de los edificios de tubos del centro de Armilla. Era un hombrecito menudo y maduro con unos lentecitos redondos apenas sostenidos en la punta de la nariz. Se sentaba en el piso rodeado de sus tinajas delicadamente decoradas y graduadas, que se encadenaban entre sí por finos hilos de agua cayendo de unas a otras en una metáfora perfecta del infinito fluir del tiempo: Era el relojero de clepsidras. Nuestro personaje, que recibió su oficio de su padre, pasado de generación en generación desde tiempos inmemoriales, al recibir noticias de Armilla, una ciudad de delgadas columnas de agua, supo que aquel era el sitio adecuado para abrir su propia clepsidrería. Entonces tomó sus reglas graduadas, martillos y cinceles y se dirigió a "la selva de las cañerías" como solía conocerse esta ciudad en los predios del clepsidrero. Su labor en Armilla fue pronto reconocida por sus habitantes, cansados del incordio que suponía su incapacidad para ponerse de acuerdo con respecto al instante justo en que debían encontrarse para una cita, un negocio o incluso para buscar los niños en el colegio. La ausencia de medidas más o menos exactas y sincronizadas del transcurrir del tiempo hacia prácticamente imposible ordenar las labores de Armilla mas allá de imprecisos estimados tales como "esta noche" o "dentro de dos mañanas" o "cuando empiece a oscurecer", que como sabemos los que conocemos de cerca los relojes, no son ni remotamente suficientes para alcanzar los niveles de eficiencia de las sociedades más avanzadas. Por eso la llegada del clepsidrero fue asumida en Armilla como el inicio de un nuevo ciclo para la ciudad, el final de la etapa caracterizada por la lentitud y el comienzo de una época que se dio en llamar "La Ilustración del Agua". Al principio solo algunos hombres ricos tuvieron acceso a refinadas clepsidras para el hogar, pero muy pronto el ayuntamiento de Armilla decidió encargar al clepsidrero uno de sus artefactos para cada esquina de la ciudad, de forma tal que cada ciudadano de Armilla pudiera consultar la hora en centímetros cúbicos siempre que lo necesitasen y los encuentros pudieran estimarse con apenas unas cuantas gotas de error. Poco a poco se hicieron comunes expresiones como "dame solo unas gotitas para alistarme" o "nos veremos dentro de doce gotas", que más tarde dieron lugar a imperativos tales como "lo quiero para hace 280 metros cúbicos". Para comprender esta líquida

medición del tiempo sólo era necesario saber que un día poseía 28800 cc. que eran a su vez 288 metros cúbicos. Ninfas y náyades vieron con estupor hombres y mujeres corriendo de un lado a otro, plazas y calles desiertas de la presencia quieta de cualquier ciudadano que no fuera viejo o niño. Desde entonces, los tiempos reglados dominaron Armilla, de forma que un armillense típico, por ejemplo, desayunaba alrededor de los 84 metros cúbicos, entraba al trabajo a los 102, almorzaba a los 156 y se iba a la cama alrededor de los 276, después de ver unos 24 metros cúbicos de televisión.

Náyades, ninfas, viejos y niños fueron los únicos que, sin medir el tiempo, conservaron conciencia de su valor.

—JORGE ERNESTO RODRÍGUEZ ROJAS es CLEPSIDRERO en ARMILLA—

POR LOS HILOS

Habiendo en Armilla, la ciudad en la que vine a vivir, esa cantidad de competencia en el sector, los fontaneros han tendido a especializarse. Y es que Armilla, edificada sin tabiques o manpuestos, está construida sólo con cañerías, lo que es una suerte para los que buscan trabajo de fontanero porque siempre falta quien se dedique a ello. Yo también buscaba empleo en esa época y entre los diversos ramos de la fontanería me ofrecieron la opción de ser desatascador. Me iba a ocupar de inodoros, bidés, lavabos, váteres y desagües en general a los que hubiera que destaponar los sumideros. No parecía muy agradable pero hice de tripas corazón, era un trabajo temporal y no debía ser demasiado complicado.

No llevaba mucho tiempo cuando aquél día me llamaron para hacer una chapucilla. Se trataba de una pila que se desbordaba en el quinto piso de un edificio y ponía perdidos de agua a los transeúntes. Localicé el inmueble y comencé a trepar por los tubos. Estaba ya llegando a la planta en cuestión cuando me fijé que en el cuarto de baño del *penthouse* había una bella joven de largos y rizados cabellos rubios vestida con una fina camisa de seda que le tapaba más o menos hasta el medio muslo. Me paré, impresionado por la visión, perdiendo casi el equilibrio. Era tan hermosa que parecía una de las náyades o de las ninfas cantoras que según las crónicas habitaban Armilla después de su construcción y que acabaron desapareciendo o marchándose, supongo que aburridas de la rutina de la ciudad.

Pero además de su belleza me sorprendió que cada poco tiempo la chica cogía de entre sus muslos algo que examinaba delicadamente al sol de la mañana. Al fijarme un poco más me di cuenta de que sostenía con sus largos dedos de uñas nacaradas, hilos, dorados como si fueran filigranas de la luz, que con suaves aspavientos arrojaba a la taza del váter. Dejé mi maletín colgado del grifo de la cocina del cuarto derecha y me fui encaramando a un arcaduz de mayor grosor que parecía que podría resistir bien mi peso.

La chica estaba a la vista, creyéndose tal vez amparada por la altura del ático o por el hecho de que la mayor parte de los vecinos habían ido a realizar sus labores

matutinas, sin tener en cuenta que alguien desde otro edificio o, como era el caso, algún trabajador desde un piso cercano al suyo podría verla. De hecho me fije en que en el tubo del desagüe de la lavadora del quinto izquierda y sobre la cisterna del sexto derecha estaban sentados dos tipos vestidos con mono, que miraban como yo fijamente la escena.

Transcurrieron de ese modo algunos minutos hasta que de repente vi que la joven miraba hacia abajo donde yo estaba sentado y luego hacia donde estaban mis compañeros, los dos aguardando como pájaros en sus cañerías. Yo pensaba que iría a ocultarse tras el bidé o se vestiría con el albornoz de raso que tenía colgado en el sifón de la pila pero se limitó a preguntarnos qué hacíamos allí.

- Somos de la Compañía del Gas. – dijeron al unísono los otros. Luego, como si se hubieran explicado lo suficiente preguntó - ¿Y usted? -

- Soy el desatascador. – Grité más por el arrobamiento que para hacerme oír. – Iba al quinto a limpiar un desagüe y... -

- Qué casualidad. – dijo ella – Precisamente necesitaba un desatascador. -

Subí raudo ante el cambio de trabajo pero cuando estaba prácticamente a la altura del inexistente suelo del cuarto de aseo ya fueran las ganas que imprimí a mi ascenso, ya la brujería de los ojos de la joven, resbalé y me precipité hacia delante, en una zona donde no había tubos donde sostener mi impulso. Estiré el brazo, justo a la altura de sus muslos y noté que me lograba sujetar a algo que frenaba mi inercia. Lo que había agarrado tenía la consistencia y la textura de un suave matojo de hierba. Mire hacia arriba y vi que mi mano se aferraba a una auténtica cabellera que crecía bajo el ombligo de la ninfa. Sus larguísimos y púbicos pelos crespos que yo había creído hilos dorados y que desde abajo habiéndome salvado de una caída fatal me parecieron, tras la luz del sol y el ruido de un agua que sonaba a risa, más áureos y maravillosos que nunca. Fue entonces cuando la escuché cantar.

—MIGUEL ÁNGEL GARCÍA es DESATASCADOR en ARMILLA—

DESATASCADOR

"Armilla es una maravilla". Así reza el ridículo rótulo publicitario con que la propaganda del Estado promociona nuestra ciudad entre ustedes, los lectores, incautos viajeros por el país de los libros. Pero, créanme, Armilla es una cloaca en el aire, adornada por el prestigio de náyades y ninfas, que a su vez gozan de la fama que otorgan las mitologías. Se lo digo yo, un desatascador de este miserable laberinto de tuberías, hijo y nieto de desatascadores, que ve la realidad tal cual es y no bajo los efectos del sol prestidigitador que todo lo embellece con su mano de oro. "En el sol brillan los hilos de agua que se proyectan en abanico desde las duchas…", escribe el publicista del Estado, y ustedes, al leer, dicen embaucados "Oh, Armilla", con los ojos en blanco y la boca boba. Pero yo, que me paso por el forro los rayos del sol, digo " Una mierda Armilla".

Cuando ustedes quieran conocer de verdad un lugar, no acudan a las guías oficiales, hablen con sus gentes, con el pueblo de a pie, o mejor, con el pueblo que se arrastra, y del cual yo soy uno de sus representantes, no sé si digno. Quizá los fontaneros les propongan una visión más alegre, muy distinta de la mía, al fin y al cabo ellos trabajan en la superficie ensamblando tuberías, soldando aquí y allá, instalando grifos y baños. También muy distinta será la opinión de los constructores de fuentes y estanques, que constantemente reciben en la espalda la palmadita del político de turno, quien, para justificar sus inversiones en la ciudad, nos abruma con chorritos saltarines y multicolores, algunos de ellos con música y todo, y pececillos estancados nostálgicos de mar. Pero nosotros, los desatacadores, no somos tan optimistas. Sabemos que Armilla es sólo un submundo de esa otra ciudad a la que abastece de agua. Una ciudad de amplias avenidas y altos rascacielos, de parques e hipermercados, cuyos ciudadanos tienen el privilegio de gozar del agua, y hasta de derrocharla, con sólo mover la mano pusilánime, porque se olvidan de que otras ciudades carecen de su Armilla nutricia, ciudades fantasmales con la piel árida del paisaje ya cuarteada, y con niños de vientre hinchado y ojos adultos y profundos como pozos secos.

Pero Armilla, no lo olviden, es una ciudad en decadencia. Los desatascadores limpiamos día y noche el laberinto de tuberías de las inmundicias y cachivaches que arroja la ciudad a la que servimos. Aunque este exceso de trabajo no debe llevarnos a engaño, pues muy pronto nuestra tarea será inútil, porque ya por las tuberías circula un caudal exiguo y contaminado, y las diosas de las aguas, que ya no lucen la lozanía de antaño, realizan sus juegos de agua en el vacío, como simulacros de locas redundantes. Y cercano está el día en que, ausente la melodía del agua, se instale el viento en las tuberías, arrancándoles un lamento de casa deshabitada.

Sí, muy pronto nuestro trabajo será inútil, cuando la ciudad a la que abastecemos se parezca a aquellas otras ciudades que, sin la memoria del agua, se desvanecen en el olvido.

— ELOY SERRANO BARROSO es DESATASCADOR en ARMILLA—

LA FARMACÉUTICA ARMILLANA

Durante un día interminable permanecemos apiñados bueyes, industrias, afanes: no logramos llegar más de tres o cuatro por jornada y volvemos a reunirnos cuando comienzan a apagarse las farolas, cuando el tráfico ya no escasea: la vida genérica, y la espantosa necesidad de estar (que ni eso) antes de que bajo nuestros pies comiencen a desaparecer los suelos y nuestros ojos se cierren, horrorizados. Elige, hija, entre ambas orillas: o naufraga. En qué pensará, por qué no se limpia las lágrimas, resbalan por su cara cuando cruza el umbral, debe ser a causa del cambio brusco de la temperatura. Un remedio para la vista (dos ojos podridos) hasta aquí llegan las aguas -sus algodones- hasta este paraíso (no para todos). Alcánzame ese frasco, cúrame la psoriasis. ¡Ay!, este mostrador, siempre ahogado por las cajas y los vidrios, al borde de la exclusión ocular (otras exclusiones son peores, otras como llagas, costosísimas). Remeda la mugre y sírvete de ella, cose por aquí y por allá, escupe las balas, sacrifica una pierna por mí, sacrifica un universo (estaremos lejos cuando llegue el momento, muy lejos, seres aéreos, ¡ja!, ¡ja!), sacrifica hijos, cabañas, ropas. Durante otro día interminable odiamos la suerte de los que no se quedaron en el camino, de los que no fueron pasto de las aves y de las llamas, y rezamos, crédulos, temerosos de la nada y del hombre: la melaza no da para más, intuimos que de un momento a otro se transformará en un monstruo, volverá en sí, será nosotros. Y si somos ya otros no lo sabemos, otros también en otras ciudades, alguna habrá de curarnos, alguna vez; y alguna habrá de devolvernos al barro. Entretanto, mientras permanecemos a la espera (espera es temblor) surcan nuestras manos las propuestas más insolentes (no esperar es no temblar): la vida en firme, no esperar, no esperar, no esperar, no hacer cola, no trepar sobre la montaña de cadáveres, no participar en la maratón, no desvivirse yendo en pos de la bandera, no armillar las puertas, no armillarse dientes y uñas, no flotar como un vertido boquiabierto y nutritivo. En fin: mucho salmón (nada contra la fiebre). De Armilla no se sale.

— SONIA GARCÍA RINCÓN es FARMACÉUTICA en ARMILLA—

RHENNA

I. La guerra por la energía devastó el mundo de los antepasados de Rhenna. Los recursos escaseaban y, agotados, esquilmados casi en su totalidad, los yacimientos de carbón y petróleo, la beligerancia y hostilidad de los habitantes se hacía cada vez más cruenta.

La ofensiva produjo que muchos de los supervivientes tuviesen que huir al único lugar donde todavía existían fuentes, de donde procedían, según informaciones algo imprecisas, los recursos de nuevos yacimientos, que potencialmente podrían abastecerles, .

Los que sobrevivieron, se adentraron en el fondo del océano, buscando las jaulas de agua congelada de Hidrato metano que descansaban bajo la materia orgánica y la flora oceánica todavía vírgenes, esperando, para ellos en las profundidades insondables de un mundo hostil.

Entre el grupo de incautos temerarios que no vacilaron un instante ante una empresa que algunos vaticinaban como un suicidio colectivo, se encontraba Thannon , el bisabuelo de Rhenna, amante de la alquimia y la extracción del elixir de las flores ,estudioso de las terapias florales y detractor de los fármacos.

Thannon vio por última vez el devastado entorno de su infancia, ya nada quedaba de lo que había constituido los años de su memoria; aquel paisaje de viento había mudado su piel, trocándose en una imagen fantasmagórica, hiriente.

Ahora, sus recuerdos estaban transfigurados, maquillados por esa nueva pátina de lágrimas.

De la última de las batallas que padeció, enmudecido por el sonido de la guerra, solo pudo rescatar aquellas esencias por las que había luchado toda la vida, en cierto modo, no deseaba llevarse nada más allá donde iba, a la ciudad que aún no habían bautizado; ni siquiera sabía si su esfuerzo se vería recompensado, tenía miedo, se sentía desconcertado. Nada sabía de si sobreviviría después de la inmersión. Pertrechado de algunas ropas y sus esencias emprendió el camino hacia las profundidades

II A Rhenna, ahora la llamaban la farmacéutica 95 años después de la catástrofe. Su botica era un enjambre infinito de aromas, los pequeños recipientes donde des-

cansaban sus esencias flotaban bajo una superficie casi plana, navegando aquí y allá, confundiéndose con la decoración. Rhenna había mantenido con firmeza las enseñanzas de su abuelo a lo largo de los años, convirtiéndose en una acérrima partidaria de las esencias que un día sus antepasados trajeron de la tierra; nunca quiso saber nada de las algas; había quien despotricaba ferozmente contra ella por no adaptarse a los tiempos, por no aceptar que las cosas habían cambiado que sus esencias pertenecían al pasado, pero Rhenna seguía pensando que gracias a ella el equilibrio en la ciudad parecía posible.

Gracias al Arrayán conseguía que los enfrentados en las reyertas de los diferentes partidos pro-energías, se comportaban, reconociendo sus faltas, y aprendiendo a escuchar y aclarar las cosas.

A los que triunfaban en el deporte Rhenna les recetaba Carceja Enana, que según su abuelo aportaba una actitud positiva del hombre hacia el mundo, reactivando la personalidad; y para aquellos que no aceptaban de buena gana ser derrotados, Rhenna por un módico estipendio, les expedía sus frasquitos de Falsa Mandioca, elixir que aporta claridad y erradica la arrogancia y el exceso de estimación propia,

Pero lo que quizá mejor hacían las esencias era combatir los males de amor y los infortunios del espíritu.

Bien es cierto que las anécdotas de Rhenna se contaban por cientos.

Habían sido innumerables las veces en las que los individuos despechados habían acudido a ella en busca de unas gotas de Margarita Piria, para expresar sus emociones a la amada o bien para adquirir ampollas de Llantén que les aportaban una visión del mundo repleto de hermosas oportunidades.

En cambio los que adolecían de males del ánima, buscaban en los frasquitos de Gongorosa la calma, el equilibrio emocional y la huida valerosa de la obsesión.

Rhenna intentaba con sus recuerdos acallar las voces de los calumniadores que enjuiciaban sus procedimientos, según sus detractores poco ortodoxas, que no hacían caso a las nuevas metodologías con la flora autóctona; eran para ella abanderados de una sinrazón, ni siquiera sabían que demonios podían combatir con aquellas algas.

Recostada sobre su tálamo recordaba aquel panfleto irreverente, que aquellos insolentes habían cosido en su puerta.

Hablaban del fuerte poder curativo de las Rhodophyta, esas algas rojas que, al parecer actuaban sobre la ceguera, proporcionando una visión nítida a los invidentes; también decían algo de la familia de las Caulerpa, esas Clorophytas verde cuyos emplastos hacían desaparecer por completo las afecciones de la epidermis, tan frecuentes en Armilla

Y un largo etcétera de las innumerables posibilidades de las algas pardas y sus combinaciones.

Para Rhenna eso no eran más que pamplinas. Al fin y al cabo nadie había probado que aquello fuese efectivo, no eran más que naderías blasfemas, esas modernidades que intentaban dar al traste con siglos de tradición.

La tradición era el baluarte de una verdadera sociedad, su bastión, su refugio; no estaba dispuesta a renunciar a los preceptos que una vez sirvieron allá en la tierra a los verdaderos colonos, a los genuinos artífices de su existencia

Ir a contracorriente era algo propia de esa juventud indolente e insensible, a la que solo le preocupaban esas malditas algas.

Pero apenas le quedaban fuerzas para luchar contra aquella corriente inevitable, era cuestión de tiempo; en menos de un lustro ella probablemente ya no estaría allí y los revolucionarios camparían a sus anchas en la ciudad, a nadie le importarían ya sus esencias, quizas se dispersaran sembrando retazos de recuerdo, y sería entonces cuando realmente su contribución a la raigambre se convertiría en leyenda.

III. Rhenna nunca fue una farmacéutica ni siquiera supo nunca lo que eran los fármacos. Su abuelo le dijo que antes de la guerra sirvieron a los antepasados para curar enfermedades, para acallar los gritos de dolor, incluso para ayudar al tránsito hacia la muerte. Y sin embargo si ella, si toda su generación había podido sobrevivir sin ellos constituía, en esencia, la respuesta: no era necesario nada más.

La vida de Rhenna siempre apacible y sosegada, parecía haber dejado de ser una existencia sin estridencias. El curso de los acontecimientos así lo preconizaban; las cosas cambiarán pronto.

A pesar de ello Rhenna se aferraba a su idealidad, esa extraña e inmutable manera de hacer; ella siempre tuvo presente que en Armilla, de la batalla solo quedaron las flores, y sería eso con lo que se quedaría para el resto de su vida.

— MARÍA EUGENIA SÁNCHEZ es FARMACÉUTICA en ARMILLA—

LA MEMORIA DEL AGUA

Recuerdo Armilla como un extraño don innecesario, como una babel incrédula y tocada por su destino de ciudad inconclusa.

A las seis de la mañana emprendíamos la jornada de duro trabajo. El lugar, un paraíso donde el agua florecía por doquier, donde los manantiales y ríos subterráneos esparcían su líquido y fresco contenido caprichosamente, entre un bosque casi virginal, lleno de vida y sonidos misteriosos y embaucadores.

El primer día sentí como un dolor punzante en el pecho, como aquella angina que casi acaba conmigo, pero de distinto significado. ¡Tanta belleza se desprendía por aquel valle!, ¡tanto ir y venir de aguas transparentes!, y aquel jolgorio de trinos y de vuelos. ¿Cómo pretender construir allí una ciudad?, ¿cómo romper aquel regalo divino con la osada presencia del hombre?.

Los arquitectos e ingenieros no descansaban de dar órdenes todo el día. Se reunían de continuo, discutían, se enojaban con cualquiera por la lentitud de las obras, y es que era muy difícil trabajar en aquellas condiciones, abrir cualquier agujero en la tierra era dar un nuevo camino al agua. Taponar de continuo los caudales fríos que nos mantenían húmedos constantemente, supuso, con mucho, la peor de las labores.

Recuerdo el orgullo con que aquellos hombres de traje oscuro se felicitaban del éxito, se congratulaban de haber construido la ciudad más hermosa en el lugar más hermosos de la tierra. Armilla, decían, era el ejemplo del control que el hombre ya ejercía sobre la naturaleza. Y todos nos dispusimos para habitar aquel imperio de agua ultrajado.

Durante los años de construcción había adquirido un cierto apego a tanta humedad. De tal forma que decidí instalarme como fontanero, ¿qué mejor oficio que ese para no perder mi contacto con el agua?, ¿no había estado cortando siempre su enfurecido devenir?, pues ese era el trabajo que ocuparía el resto de mi vida, de la poca vida que me quedaba.

Cuando empezaron a aparecer los primeros signos, cuando comenzó a cundir el temor y la desconfianza en la gente, cuando el cemento y la piedra cedían ya ante el empuje del agua, cuando los primeros habitantes de Armilla emprendieron la huida, entonces, sólo entonces, supe, definitivamente, que el agua vencería, que su creciente revolución destronaría al hombre de su estúpido pedestal de creador, de su inconsciente osadía.

Ahora, solo en este bosque de tuberías y grifos, en este paisaje de aguas eternas, en donde espero que algún día se acabe mi tiempo, distingo en la altura cualquier fuga, cualquier rotura o desajuste, y escalo, asciendo, vuelo hasta la inmutable herida transparente, y corto, tapo, aprieto, sueldo, lucho contra el descontrol, y no siempre venzo. Pero siempre me espera el agua, se ríe de mi inmutable empeño, juega con mi desafío inoportuno, y ando siempre en la humedad y en las alturas, dispuesto a derrotar al agua de esta ciudad fantasma, o de morir en el empeño. No tengo otra necesidad ni otro destino mejor. Vivo en Armilla, la ciudad del agua, ¿o es ella la que vive en mi?.

Algún día llegaran ninfas y náyades dispuestas a habitar las sinuosas calles de agua de mi ciudad, y no estaré ya aquí, no estará mi cuerpo ufanado en reparaciones, pero estaré inerte sobre los andamios de cobre, en las colgadas bañeras, en los grifos que brillan bajo el sol, estaré para entregarme, agua ya, humedad, río, fuente, catarata.

—FRANCISCO INGELMO es FONTANERO en ARMILLA—

FOTÓGRAFA

Sí, en Armilla existió un periódico. Es obvio por qué desapareció: nadie lo compraba ni lo leía; las noticias eran repetitivas y fugaces Yo trabajaba como fotógrafo para aquel periódico. Hacía fotos que acompañaban a titulares como "Escape de agua en tal calle" o "Una mujer sufre magulladuras al resbalar en la bañera". Frente a aquellas noticias insignificantes, las fotos ocupaban cada vez más espacio, empujaban las palabras hacia los márgenes, ganando en tamaño y detalles. Puedo parecer poco humilde al contar esto, pero me esforcé tanto en que cada encuadre revelara una nueva cara de Armilla y sus habitantes, que no había mancha de humedad, postura, reflejo que se me escapara. El periódico cerró, pero yo seguí con aquel obsesivo rastreo. No era belleza lo que buscaba, sino la hilazón perfecta, invisible, entre habitantes y paisaje; sus ecos mudos.

El gesto concentrado –casi lunático- de una niña bajo la ducha se repetía días después en el rostro de una mujer a punto de envejecer frente al espejo; una gota de agua deslizándose por una espalda contenía el arcoiris, igual que el pequeño charco que la esperaba sobre las baldosas. La rodilla de una mujer en la bañera se curvaba dibujando el mismo arco que el grifo de plata que vela su baño.

Tras años de práctica, aprendí a ver relaciones más indirectas, más frágiles: sobre el papel satinado, las mujeres de Armilla escribían poemas y dibujaban metáforas: una mujer llovía; otra giraba y se revolvía, remolino en una corriente; aquella, humilde, se evaporaba; esta iba y venía como una ola tranquila; una más, se estremecía igual que la piel de un lago bajo el viento.

Las tuberías no quedaban ajenas a este llamarse unas cosas a otras: una se estiraba hacia el cielo como una mujer con los brazos extendidos; otras daban vueltas como borrachas; algunas se doblaban como una niña que se agacha para pintarse las uñas.

Para cada foto, cada gesto era un universo. Cada movimiento generaba armónicos que se multiplican hasta el infinito. Mis fotos demuestran que el infinito es re-

dondo y tan pequeño como un iris. Y que en su circunferencia rebotan los hechos para volver al centro y que en ese camino van despojándose de atributos, para que el brillo de una gota estancada en un ombligo, o la supuración lenta de una cañería, sean, finalmente, brillo y nada más que brillo.

Pero como todo universo es imperfecto y siempre hay algo que escapa a su ley, para que siga creciendo, hubo cosas que no pude retratar: los cantos de las mujeres de Armilla, que son como encajes extendidos al sol. O los sonidos guturales de las cañerías al amanecer, después de las noches de inactividad, como gargantas aclarándose, preparándose para un nuevo día. La cara oculta de un perfil, el cuerpo hundido bajo la espuma, los túneles inéditos de las tuberías. Eso es lo que me mantiene atado a Armilla. Lo que queda escondido, incógnito, solo; lo que no tiene reflejo ni eco.

—ANA PÉREZ CAÑAMARES es FOTÓGRAFA en ARMILLA—

TAN SÓLO ME INTERESA EL AGUA

Tan sólo me interesa el agua.

Acá donde me ven, si acaso me ven, me trae la pasión. Pasión, sí, no algo más débil, porque de verdad, amo y padezco: a raíz del agua padezco, cuando la hicieron prisionera, me opuse... Pero nadie escucha a una mujer.

Sí, encarcelaron al agua, eso se hizo, en este pueblo con lindo nombre: a....i...a... son los sonidos de las canciones que aquí se cantaban, y que enhebraban por sí solos versos estupendos. Se esparcieron por el mundo y al parecer, hasta no hace mucho, se las entonaba en todas partes, igualito que aquí en su tiempo: ii... aa... ii... aa...; y no se sabía quién las había creado.

Sí, Armilla: podéis leerlo en la antigua puerta de la ciudad, nombre hermoso, pero ciudad cruel quizá. ¡El agua ha de ser libre!, como los pájaros. Tal vez a raíz de ello se fueron de aquí los seres del aire, pues ¿ cómo iban a saciar su sed si el agua está presa? Por supuesto, queda aún el agua cautiva. Pero los pájaros también quieren la libertad del agua. (¿Lo habéis notado? Muy poquito por vez beben los pájaros ; sin embargo, lo hacen todo el tiempo.) Ahora, el agua está cautiva y el aire... ¡vacío! No huele ya, olía a plantas, a ellas también les gusta el agua libre, que corre hacia ellas cuando mejor le place.

Este manantial, aquí como lo véis, lo tuve escondido; tan débil... un ojito no más; quizá por ser tan pequeño es que no lo han visto ¿no?; y sigue con sus ii... aa... sólo para mí. Ya véis: aquellas canciones las creaba el agua, el agua libre, nuestra riqueza; eran su canto, su habla. ¿Es que quizá ya no es preciso seguir ocultando mi manantial? de hecho en el pueblo ya no queda casi nadie... no sólo fueron los pájaros los que partieron. Tan vacío está todo... Tal vez se os ocurra que somos, los de aquí, pura sombra, igual que en Comala, el pueblo ése, lleno de sombras vivas, "en la mera boca del infierno". Quizá me véis como mujer en ruinas, como si ruinas fueran lo que hay acá. No, no se trata de eso exactamente, sino de una ciudad de la que se ha abdicado.

Sí,voy a contaros,!esperad!,si de hecho me oís. Y no me sorprendería si no me oyéseis... desde hace mucho nadie oye mi voz. ¡No, no! prefiero que no me veáis: fijáos, desde el momento en que el agua... desde ese momento no me he visto a mí misma : ya no están los espejos donde yo me miraba. ¡No sé qué vería si me viese! ¿soy visible? no quisiera serlo...

Esto era un paraíso: verdor... sonidos... olores...

¿Me escucháis cómo hablo? como tejiendo encajes con alas de libélula; eso me enseñó el agua. ¿Si me oigo? ¡este silencio! ... yo y el agua. Son sencillas mis palabras; ¿pobrecitas? quizá no. ¿Mi nombre? No,no me hace falta ya. Me llaman La Geógrafa. Me duele el sobrenombre, mi oficio lo ejercí en contra del agua... Y en contra mío, claro está. (Habréis notado que tantos "ya" me salen como perritos abandonados... ¡qué tristes, los perros, de tan fieles!) No creáis, sin embargo, que me pongo nostálgica ; todo depende de cómo se lo vea. A mí Armilla me da igual; así como me oís, si acaso me oís, no acepto sin embargo lo que le han hecho al agua(¿lo que le **hemos** hecho?). Yo tan sólo atiné a esconder mi manantial... El agua no empuja más que algunas pulgaditas, hacia arriba,¡precioso!,¡mirad...!

Al comienzo, yo sólo dibujaba. ¿Mis dibujos? No existen ya. Los conservo en el recuerdo, ¿no? yo misma los hice... los hacía por placer. Así es, pues, como sólo yo recuerdo lo que fue Armilla. A los hombres les interesan no más las mozuelas, las mujeres sospechosas que los han hechizado...

¿Las habéis visto? ¿sí? ¿por ellas habéis venido? Sí, se hace eso ahora... ¡estos tiempos ! de ello viven los de Armilla, aquéllos que se quedaron: de mostrarlas ¡fenómeno! a los viajeros... Pudieran ser sirenas: el mar no está lejos.

No vivían aquí antes. Sin embargo, una tarde, los de Armilla se acercaron y me dijeron, como si yo existiera por primera vez: - Tu mirada sabe ver; y tus manos son diestras. -¿Y qué?, contesté yo. - Tus talentos, dibujante, de ellos se trata: es que los necesitamos. Y de hoy en adelante, nos debes obediencia; haz lo que te ordenemos, o no tendrás qué comer. Estudia atentamente el terreno de Armilla; dibújalo todo, muy, muy exactamente; y ahí indica, y con mucha precisión, todos los manantiales que puedas encontrar.

¡Qué mirada inquisitiva les eché entonces! ¿Sabéis vosotros cómo es, un corazón hundiéndose? Así sentí yo que el mío se hundía. - ¿Y para qué lo queréis? , alcancé a preguntar a los hombres de Armilla, a quienes no reconocía, por sus turbias miradas y su fulgor maligno. - A ti no te interesa, mujer, respondieron. Y se han ido.

Al día siguiente, uno de ellos vino a buscarme... Y se ha convertido en mi sombra. Dondequiera que yo fuese, por los caminos, los bosques, él iba conmigo.... Y yo

escuchaba el plañir del agua como si ella avistara el porvenir: "*vós lhi tolhestes os ramos en que siian... vós lhi tolhestes os ramos en que pousavan... e lhi secastes as fontes en que bevian... e lhis secastes as fontes u se banhavan...*". Yo, sin verlo, el futuro¿no? yo, tan sólo más suspicaz. ¿Sabéis? me encantan las piedras, sobre todo las que lucen, como el agua cuando el sol la hiere. E intentaba distraer al hombre de Armilla... mostrándoselas, para que no oyera él esos cantos. El solía decirme : - Conoces el mundo, porque sabes verlo; y más aún, sabes representarlo. (Y desgraciadamente era así...) Tuve que dibujar Armilla, sus caminos, rocas, bosques, manantiales... Aunque advertí a las fuentes que no lloraran, pues las oiría el hombre, Mi Sombra, y yo tendría entonces que denunciar su existencia... no me escuchaban ellas; y así pues, mis pergaminos se llenaban, sin pausa...

Mas al pequeño manantial, tan chiquitito él, al parecer no lo oyó. Yo, sí. Me agaché y lo cubrí con mi sombrero de paja, mientras distraía a Mi Sombra con las piedras relucientes, las lianas danzantes, la belleza de las encinas... Susurré a las encinas: ocultad mi manantial... Y, bajo las hojas que, tras flotar en el aire, caían al suelo, lo ocultaron los árboles. Tantas hojas cayeron, que el hombre me dijo: -¡Hala!, al parecer el otoño llega ya...

Así pues, este manantial no lo veréis en mis folios.

Al volver, día tras día, por los caminos de Armilla, adentrándonos en los bosques (¡qué frescura había aún en el paraje umbroso!), yo le decía sin hablar a mi pobre fuentecilla: ¿dónde está la fuentecilla, "la más pequeña de mis amigas, ¿en dónde está?"... Y el pequeño manantial me contestaba, sin que se le oyera: aquí... acá...

Fue Mi Sombra quien al final me aclaró el misterio... ¡tanto me ha seguido! terminó por acercárseme. Me dijo una vez : ven conmigo a la playa. Y lo seguí. Al llegar a la playa, divisamos un barco, el barco se alejaba... ¡y en la arena se veía un montón de cañerías! -Llevaremos el agua al país del desierto, por debajo del mar, confesó Mi Sombra. Atraparemos los manantiales. - !¿Y qué?! ¡Por Dios! (Hasta ahora sigo sintiendo esa rabia impotente.)

Sin embargo, al hacerlo los hombres de Armilla, y como si la corteza de la tierra se rompiera, surgieron de las cañerías... ¿recordáis, las mozuelas, las que mencioné? sí, las mujeres ésas, desvergonzadas, que se ven por ahí, desnudas, riéndose sin razón... pues bien, ¡surgieron ellas!

¿Habéis visto a las hormigas al destruírseles el hormiguero? Así era. Y todavía, ahí se ven.

Armilla no pertenece ya a sus habitantes. Las cañerías han servido para que surgiesen ellas, solamente... A los hombres esas mozuelas los tienen hechizados, ya no les quedan planos, ya no quieren a sus esposas...; no obstante, las mujeres, al pare-

cer, no los ven... ¡y ríen a carcajadas! que suenan como el agua por las tuberías... ¿De verdad lo creéis? No, ¡por supuesto que no son el alma del agua! sirenas, eso sí, pudieran ser...

Los hombres de Armilla se fueron y siguen yéndose : ¡nos cuesta demasiado un simple vaso de agua! Las locas mujercitas por las cañerías... a ellas les pertenece el agua... Ni siquiera se adormecen, ¡están siempre despiertas!

A mí, no, no me falta el agua, ni el aire, ni olores; y por eso sigo aquí. Me agacho y, bajo mi sombrero, donde brota el manantial yo recupero mi savia: ahí lleno mis pulmones, y mi boca la humedezco, acercándome a la tierra... La tierra ahí huele aún, huele, sí, a humedad, a la savia por la que vivo - ¡quién pudiera vivir sin ella ! - , huele aún al agua débil de mi manantial.

***Post Scriptum de La Geógrafa**:*

A su amiga Victoria Casabona le agradece la revisión de lengua. Lo que esté bien a ella se debe. Tan sólo a La Geógrafa se deben los errores: es que es testaruda.

— MARIA LUIZA DE CARVALHO ARMANDO es GEÓGRAFA en ARMILLA—

HISTORIA DE LA HIJA DEL SEPULTURERO

Vivíamos al lado del cementerio. Nuestra casa estaba en una cuesta al cruzar la carretera, donde todo era verde y, entre los montes, a lo lejos, se veía el mar. Apenas pasaban coches por aquel camino y mi padre se había quedado sin trabajo.

Nadie vivía en Armilla, salvo algunas mujeres jóvenes producto de la mente de un poeta, que cantaban sin cesar por las mañanas a las que acompañaban un censo impreciso de seres imaginarios, inventados por la fantasía de un narrador de cuentos. Eso tenía la ventaja de que la gente tampoco se moría, ni siquiera un poco.

Pero, de vez en cuando, sí que acudían visitantes para recorrer sus arroyos profundos, sus cañerías que allí dibujan las casas desaparecidas y para buscar las ninfas y las náyades que recorren su leyenda.

Por eso yo, hija única de un sepulturero en paro, huérfana de madre, y con necesidad de ganarme la vida de alguna manera honrada, no pudiendo heredar, por lo que he dicho, la profesión de mi padre, decidí hacerme guía turística.

Así le conocí. Me contrató porque necesitaba a alguien que le guiase por los vericuetos de Armilla. Como todo el mundo sabe, el hecho de que la ciudad sea tenue y no tenga paredes, ni techos, ni pavimentos, causa enormes problemas de orientación para un forastero. Aquí todas las referencias se pierden, al llegar se entra en un mundo vago en el que todo es posible, incluso perderse entre dos espejos de agua.

Este turista, era espeleólogo y venía buscando una cueva profunda y oscura en la montaña cercana. Los lagos de esa cueva, quietos, callados, ocultos, guardaban el secreto del agua de Armilla. Eran, según decía, el origen de todas las fuentes que regaban la ciudad.

Enseguida me enamoró de él, que sus ojos brillaran con la misma luz que la lamparita que llevaba siempre encendida, pegada en la frente, con una cinta roja. Al acostarme, el día que le conocí, no lograba recordar el color de sus ojos, pero sí aquel fulgor, la intensidad de su mirada y el entusiasmo con el que hablaba de su cueva

perdida.

Juntos recorrimos durante días bajo el sol, las duchas, los chorros de los grifos, los surtidores, las salpicaduras de los que habló aquel poeta loco, sin encontrar la cueva mágica que nos revelaría tantos secretos.

De pronto, mi oído me proporcionó la clave. El ruido seco de la pala de mi padre hiriendo la hierba, abriendo agujeros en la pradera cercana a mi casa y, más tarde, la música lenta de la tierra cayendo sobre las cajas, cada vez que alguien moría, me habían enseñado, desde pequeña, que cualquier sonido, incluso el más pequeño, es un lenguaje que solo necesita para expresarse que alguien lo escuche. Y que también el silencio lo es.

Por eso descubrí, sin saber como, que sólo había que seguir, para encontrar la cueva, la huella del canto de las mujeres jóvenes que desde siempre habitan en la ciudad, como en un sueño. Ellas, hechas también de agua, nos guiarían al origen del surtidor que daba vida a tantas quimeras.

Así que subimos juntos por la montaña luminosa, cuando en la tarde se volvió azul y del canto de las ninfas, ya cansadas, apenas se oía un murmullo. Y allí estaba. Detrás de un roca, en el mismo corazón del bosque, encontramos la entrada a la cueva soñada que, iluminada por la lamparilla, nos enseñó las aguas que alimentaban la ciudad.

En ese viaje hacia arriba y hacia lo más profundo, yo encontré el camino del alma de mi acompañante, también llena de hilos de agua y rebosante de ternura. Y ahora yo, la hija del sepulturero, soy además de guía turística, mujer de un espeleólogo. Él ha sido hasta ahora, mi mejor cliente. Esta historia, gracias a mi oído, terminó bien y seguro que quien conozca el relato querrá venir a conocernos. Eso nos traerá nuevos turistas. Yo ya estoy preparada.

—MARÍA TENA es GUÍA TURÍSTICA en ARMILLA—

VENAS Y CANALES

Como la sangre en un organismo vivo, goza el agua en Armilla de facultad para anegar los rincones más yermos del alma; gozan las ninfas y los fontaneros de bula para recorrer abrazados el sistema linfático de los arrabales, y gozan todos los habitantes, desde el corazón de la ciudad que en realidad es un aljibe, cuando oyen el golpe húmedo de lo que ya nadie duda es un nuevo latido.

Como la sangre, Armilla es más que un velado impulso, una fuerza arrebatadora que circula por acequias y almenaras y que, sin embargo, cada habitante la percibe intensamente, como cuando se estrechan las venas bajo la presión de las sienes. De venas, de eso está hecha Armilla. Venas de todas clases. Venas flácidas que actúan de aliviaderos en medio de los callejones; venas rígidas de cobre y de cemento que reptan entre las gárgolas de los tejados; venas de latón que apenas recompensan las escorrederas y los regatos de avenamiento; venas escluseras que bien pudieran ser arterias o zabacequias quizás; venas azarbetas adonde van a parar los sobrantes y las filtraciones, y venas acaudaladas que casi no parecen venas, sino estanques, acaso disturbados por un insinuante goteo al atardecer o por una leve presión intercostal que en esta ciudad de Armilla, en realidad no es más que un callejón estrecho y húmedo poblado de geranios.

Venas y más venas, y es tanta la variedad de acequiajes y sangraderas que una hemorragia es un acontecimiento tan extraordinario como el amor, o la desgarradora presencia de una herida. Venas y más venas, inmersas todas en un preciso acontecimiento vascular, tan monótono y definitivo al mismo tiempo como abrir un grifo o quitarse la vida con una navaja de barbero. Venas y más venas de entre las cuales destacaría la vena basílica, tan parecida a una acequia de pitarque; o la vena cava, compleja como un reguero de almatriche, aunque en realidad yo tenga devoción por la vena subclavia, tan coqueta bajo la armadura ósea de hombros y tejados como la vanidosa elegancia de las duchas freáticas.

De venas, de eso está hecha Armilla.

—ANTONIO POLO es INGENIERO VASCULAR en ARMILLA—

Para aquellos que ahora abandonan Armilla

Las Ciudades y los Desengaños, 1. Marco Polo, ese gran embaucador, miente. Él jamás pernoctó en Armilla, él no ha conocido sus canales, ni ha gozado en los tórridos veranos del arrabal el alma de sus locos surtidores. Él no ha sentido en los pies desnudos el grato masaje de las corrientes, los charcos, las pozas, las piscinas. No ha podido escuchar –en definitiva- ni las náyades, ni las ninfas que se sumergen, se contonean, se acarician cantando bajo las frescas duchas del amanecer.

No. Ese gran embaucador miente. Lo digo yo, Zelohim Abdul, el viajero. Lo digo yo que he hollado con mis pasos el ardiente desierto que la rodea, que he pasado treinta noches de sed entre las montañas del Dolor, que he perdido mis rebaños y aún peor, mis ofrendas, mis libros, mis poemas, entre los desfiladeros de esos montes malditos, que he sufrido el desencanto por quince días sin nieve y he caminado otros siete días ciego por el desierto azul. Lo digo yo, Zelohim, el poeta, el viajero: que he saciado mi olvido en la fuente roja que anuncia el comienzo de la razón al noreste de Armilla.

Tampoco es cierto que en la ciudad soñada todo sean tuberías: los odres se llenan, las bañeras rebosan. Hay recipientes de todos los tamaños, de todas las capacidades: dedales, copas, cisternas, lagunas. Y parques con ríos de construcción remota: árboles, frutas, hortensias, eucaliptos. Las palomas bajan a beber, hay rastros de oscuros animales.

Calvino el mago, también llamado Gran Khan, en cuyo ex-libris figura un puente, una ciudad, un castillo y un viajero rampante no ha dejado su marca bajo las arcadas impares de los cuatro acueductos. Pareja de engañadores, Calvino y Polo, que habéis hecho creer a media humanidad que vuestra Armilla existe. Armilla es otra. Es un sueño, es una fábula.

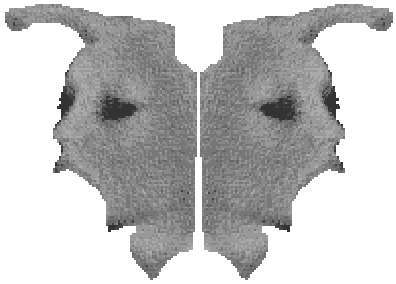
De aquel triste amasijo de hierros gastados que el viento sorteaba y cubría de orines, de aquel territorio sin esperanza, de aquel oasis de metal, de aquel desierto azul yo, Zelohim Abdul, el viajero, el poeta, el constructor he creado Armilla. La única Armilla ciudad del agua. Y el río que la cruza y que la vierte al mar.

Yo, Abdul, su único habitante, he calzado bañeras, he pintado canales, he culminado aljibes. Y convoqué las aguas, apacigüé los filtros, reconocí la vida. Yo, que vencí al desierto y las montañas, y en la esperanza espero la vuelta de las náyades, las ninfas, las sirenas.

Tu venida, señor: que has abierto esta botella, que acabas de leer este mensaje.

—ABDUL ZELOHIM es VIAJERO en ARMILLA—

Registro Civil de Armilla



Las calles de Armilla son como el hielo, se deslizan ante tus ojos deslumbrando y aturdiendo mientras te roban el calor del alma. Las calles de Armilla son tan intrincadas que no sería difícil perderse. Puedes pasear por la barriada donde habitan sus gobernantes y sentir el mismo frío que te atenaza al penetrar el vecindario de los espiritualistas, los militares o los técnicos. Siempre lo mismo, canales, acequias, tuberías y aljibes rebosantes de sueños y gélidos susurros. En efecto. No sería extraño extraviarse, si no fuera por sus gentes. Las calles de Armilla se recorren junto a enormes multitudes en silencio. Solo el tremor de la circulación de las aguas se hace perceptible. Y sin embargo, si en algún momento el visitante detiene su paso y se atreve a descansar apoyado en alguno de los muros de sus casas, nada podrá evitar que escuche el suave bombeo de la sangre en sus corazones.

REGISTRO CIVIL DE ARMILLA

Jaime Alejandre es Guerrero en Armilla (Gremio MILITARES), 96

Eula Barnes es Cortesana en Armilla (Gremio COMERCIANTES), 30

Miguel Baquero es Vagabundo en Armilla (Gremio DILETANTES), 72

Elsa Bauab es Diletante en Armilla (Gremio DILETANTES), 58

Sergio Calvo y Sonsoles son Facilitadores de sueños en Armilla (Gremio ESPIRITUALISTAS), 84

Ángela Isabel Camerano es Iconoclasta en Armilla (Gremio DILETANTES), 62

Alejandro Castelvecchio es Guardián del aljibe en Armilla (Gremio MILITARES), 95

Alberto Chimal es Acróbata en Armilla (Gremio CÓMICOS), 39

Maria Luiza De Carvalho Armando es Geógrafa en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 135

Álvaro De Cuenca es Contable en Armilla (Gremio ADMINISTRATIVOS), 15

Begoña De Regil Arteaga es Inquisidora en Armilla (Gremio ESPIRITUALISTAS), 86

Guadalupe Del Hierro es Juez en Armilla (Gremio ADMINISTRATIVOS), 15

Antonio Desquirón Oliva es Prostituta en Armilla (Gremio COMERCIANTES), 35

Sitar Devrod es Cocinera en Armilla (Gremio PROLETARIOS), 106

Pedro Díaz Del Castillo es Funambulista en Armilla (Gremio CÓMICOS), 41

Cecilia Eudave es Música en Armilla (Gremio CÓMICOS), 44

Jorge Fernández Alday es Cirujano en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 120

José Ignacio Fernández Vázquez es Bombero en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 119

Jorge Galerón Rodríguez es Policía en Armilla (Gremio MILITARES), 98

Juan Gallo es Escultor en Armilla (Gremio DILETANTES), 60

Susana García es Bodeguera en Armilla (Gremio COMERCIANTES), 27

Miguel Ángel García es Desatascador en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 124

Jesús García Lorenzo es Músico en Armilla (Gremio CÓMICOS), 46

Sonia García Rincón es Farmacéutica en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 127

José Luis Gómez Toré es Conspirador en Armilla (Gremio DILETANTES), 56

Laura Hernández es Agua en Armilla (Gremio ESPIRITUALISTAS), 77

Francisco Ingelmo es Fontanero en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 131

David Lago es Llenador de barriles en Armilla (Gremio PROLETARIOS), 108

Ángel Lejarazu es Párroco en Armilla (Gremio ESPIRITUALISTAS), 87

Viviana Llorens es Ama de casa en Armilla (Gremio PROLETARIOS), 103

Lovat es Protonotario en Armilla, 7

Manuela Maciá es Pintora en Armilla (Gremio DILETANTES), 67

María es Mendigo en Armilla (Gremio DILETANTES), 64

Juan Martínez es Barquero en Armilla (Gremio PROLETARIOS), 105

Manuel Moya es Registrador de aguas en Armilla (Gremio ADMINISTRATIVOS), 20
Álvaro Muñoz Robledano es Vaciador en Armilla (Gremio PROLETARIOS), 114
Juan Manuel Navas es Soldado en Armilla (Gremio MILITARES), 99
Rafael P. Castells es Marchante en Armilla (Gremio COMERCIANTES), 33
Rosa Elvira Pelaez es Rapsoda en Armilla (Gremio CÓMICOS), 48
Ana Pérez Cañamares es Fotógrafa en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 133
Román Piña Valls es Guitarrista en Armilla (Gremio CÓMICOS), 43
José Ángel Pizarro Nogués es Ángel en Armilla (Gremio ESPIRITUALISTAS), 78
Antonio Polo es Ingeniero vascular en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 141
Jorge Ernesto Rodríguez Rojas es Clepsidrero en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 122
Milagros Román es Curandera en Armilla (Gremio ESPIRITUALISTAS), 81
Josep Ruíz es Alguacil en Armilla (Gremio MILITARES), 92
María Eugenia Sánchez es Farmacéutica en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 128
Eloy Serrano Barroso es Desatascador en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 126
Lorenzo Silva es Policía en Armilla (Gremio MILITARES), 97
Julio Soler Izquierdo es Anestesista en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 117
María Tena es Guía turística en Armilla (Gremio TÉCNICOS), 139
David Torres es Bibliotecario en Armilla (Gremio ADMINISTRATIVOS), 11
Jesús Urceloy es Talabartero en Armilla (Gremio PROLETARIOS), 112
Jose Manuel Vivas es Roca en Armilla (Gremio DILETANTES), 69
Volga es Perro en Armilla (Gremio DILETANTES), 66
Víctor Yanguas es Oidor de aguas en Armilla (Gremio ADMINISTRATIVOS), 18
Abdul Zelohim es Viajero en Armilla, 143

El Asesino es Anónimo en Armilla (Gremio DILETANTES), 55

ARMILLA. LOS OFICIOS DEL AGUA FUE CONSTRUIDA PARA LA EDICIÓN DE PRIMAVERA DE 2002 DE LA REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA ARIADNA-RC (WWW.ARIADNA-RC.COM) QUE HABITA EN LAS INTRINCADAS CALLES DE LA RED

ARMILLA NACE DE LA COLABORACIÓN DESINTERESADA DE SUS LECTORES. COMO PROYECTO DE LITERATURA EN RED Y ES NUESTRO PARTICULAR HOMENAJE A ITALO CALVINO Y A SUS CIUDADES INVISIBLES

Ariadna rc.com